

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — Tomo IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 13. — N° 101.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

—
La exportacion de vinos en España; grabado. — Pelayo. — **Tu sonrisa.** — Revista de Paris. — Sebastopol; grabados. — **Las ferias de Madrid.** — El Llanto. — **Los pieles-rojas;** grabados. — **Cuestiones críticas literarias.** — **La Nueva-Caledonia;** grabados. — **La princesa Mery.** — **Batallon griego de Bala-klava;** grabado. — **Los Nictipitecos;** grabado.

La exportacion de vinos en España.

La nulidad de la cosecha vinícola en Francia, ha obligado al gobierno francés á permitir libremente la entrada de los vinos de nuestro país en su territorio. Con este motivo, en toda la España los vinos han tomado en los últimos meses un curso ascendente; siendo de advertir que á pesar de la elevacion de los precios que actualmente rigen, los cosecheros se empeñan en no vender esperando valores mas subidos. Los pedidos tanto de Ultramar como del extranjero, son inmensos, y las existencias que tampoco son muy abundantes en España este año, por efecto de la corta produccion,

no podrian satisfacerlos, si se ha de atender, como es debido, al consumo interior.

Hace pocos dias, en los *Anales del comercio exterior* que se publican en Francia por el ministerio del Comercio, al dar cuenta del producto y de la situacion de los vinos en España, se decia que una porcion de agentes franceses habian pasado á las provincias vinícolas del reino para hacer en ellas grandes compras de ese caldo. En efecto es así, y de aquellos datos oficiales resultaba que la cantidad de vinos ordinarios españoles importada durante el mes de setiembre en el vecino imperio, ascienden á 68,787 arrobas, cuyo valor, al precio que han alcanzado estos caldos en las provin-



Recua cargada de vinos españoles con destino á Francia.

cias limítrofes á Francia, pasa de un millon de reales. Para no citar mas que un ejemplo de la extraccion de vinos en España, solo en el puerto de Tarragona se han exportado durante el mes de octubre último con destino al extranjero las cantidades siguientes:

Cette, 9819 arrobas; Lóndres, 6364; Marsella, 11744 id.; Portvndres, 6010 id.

Con destino á América se han extraido tambien del mismo puerto y en el mismo mes 9000 arrobas para Montevideo, y 12364 id. para Rio Janeiro.

PELAYO.

(DE LAS GLORIAS DE CASTILLA.)

Salvajes alaridos
Pueblan el mar que azota
Teñido en sangre, el continente hispano;
Ya victoriosa flota,
Tras bárbara pelea
El pendon mahometano
Sobre los altos muros de Heraclea.

Abandona, Rodrigo,
Tu criminal inercia, que á su abrigo
El árabe insolente
Avanzará á Toledo
Y arrancará sañudo de tu frente
La corona imperial de Recaredo.
Leones son los hijos de Mahoma
Que á devorar la goda monarquía
Se adelantan hambrientos...

Sacude tu apatía,
La férrea lanza torna,
Convoca tus legiones
Y ataja sus intentos
Oponiendo leones á leones.
¿No sabes quién á tus dominios lanza
Desde la ardiente Libia
La hueste infiel que tus dominios huella?
¡Es Don Julian, el vengativo padre
De la infeliz doncella
Qué deshonoró, monarca, tu lascivia!
Un dia en su balanza
Colocará la historia
La ofensa y la venganza
Que empañan vuestra gloria...
Huye, monarca, huye
De la senda del mal... Antes que llegue
Ese tremendo dia,
¡El peso de tu culpa disminuye!
¡Oh! ya el carmin de la vergüenza tiñe
Tu rostro; en ese corazon aun arde
La antorcha del honor... Corre á la muerte,
Que vale mas en quien corona ciñe
Morir honrado que vivir cobarde.

Tintas están en sangre nazarena
Las fértiles llanuras
Que el Guadalete baña...
¡El Dios de las alturas
Impuso al godo expiacion tamaña!
Rodrigo ha peleado
Con alma audaz, sí, con menguada suerte,
Y allí la muerte el mísero ha encontrado,
Donde encontró su ejército la muerte.
Su heroica fortaleza,
Magüer que estéril, sirva de disculpa
A su anterior flaqueza...
¡La venganza celeste se ha cumplido!
Si grande fué la culpa,
¡Grande tambien la expiacion ha sido!

En el suelo español que la ceniza
De Sagunto y Numancia fertiliza,
No existe un labio que el sagrado nombre
De libertad proclame
Ni un corazon existe
¡Que en santo ardor esa palabra inflame!
Desde las altas cumbres del Pirene
A las columnas de Hércules triunfante
¡Se ostenta ya la enseña de Mahoma!
¡Baldon! ¡baldon!... El hijo del desierto
Bajo sus plantas tiene
El pueblo que arrogante
¡Leyes impuso á la soberbia Roma!!
Mas... en los montes ásperos que baña
El cantábrico mar, hay todavía
Quien por tornar la libertad á España,
Su noble sangre derramar ansía.
Allí, en el fondo de ignorado valle,
Gentil mancebo solitario vaga
Meditabundo, y triste
Como la luz febea que se apaga

Bajo la sombra que la tierra viste.
Fija en su mente una atrevida idea,
Ella no mas su pensamiento absorbe;
No hay quien á ahogarla suficiente sea,
No hay quien su audaz realizacion estorbe.
La salvacion de España y de sus leyes
El pensamiento ocupa
De ese heróico mancebo en cuyas venas
Arde sangre de reyes.
Cual á otro Gedeon, le ha confiado
Dios el castigo de la raza impía
Que sus leyes quebranta
Y alza á la idolatría
Torpes altares sobre el arca santa.
Los que, mansos corderos,
En pávido desmayo,
Hollados ven sus fueros
Y rotas ven sus santas tradiciones,
Se tornarán leones
Al escuchar el grito de Pelayo.

¡Pelayo!! ¡Él es el árdido mancebo
Que en la apartada soledad medita
La libertad del pueblo encadenado
Al carro del triunfante ismaelita!
¡Él es!... Del sufrimiento
Rota ve ya la ignominiosa valla.
Cuando á su pensamiento
Los males de ese pueblo se presentan,
Su pecho en santa indignacion estalla
Y sus ojos en lágrimas revientan...
Y en ese instante con sus propias manos
El noble corazon se arrancaria
Y audaz le arrojaría
Al rostro criminal de los tiranos.

«¡Venid á mí los que guardais fervientes
El patrio amor, las místicas creencias
De vuestros ascendientes;
Venid á mí, y á la divina sombra
Del lábaro cristiano,
Lidiad hasta que alfombra
De nuestros piés veamos el sacrilégio
Pendon mahometano!»
Dice, y su voz con rapidez extraña
El ancho espacio atronadora hiende,
Y en patrio fuego el corazon enciende
Del rudo morador de la montaña
Que se prepara, rayo
De venganza, á lidiar bajo la enseña
Gloriosa de Pelayo.

Mil robustos mancebos abandonan
La esteva por la lanza y del Ausena
La cúspide coronan.
Rota ya su cadena
De esclavitud, provocan
Sin miedo á los tiranos
Y juran por el Dios á quien invocan
Las cadenas romper de sus hermanos,
Siquier la muerte sea
De su heroísmo el premio, que la muerte
No arredra al varon fuerte
Que por su patria y por su Dios pelea.
Con hueste numerosa
Vuela el infiel Alcama
A develar ese puñado de hérces
Cuyo valor ejércitos reclama.
Hele ya al pié de la horadada roca
Donde el pendon de libertad asienta
Pelayo, y agitándole provoca
El trance incierto de la lid sangrienta.
Trabado está el combate. —
Espesa nube de acerados dardos
Lanza el infiel; mas su iracundo embate
Los defensores de la cruz contrastan
Lanzando cien peñones
Que sus fieras legiones
Bajo su inmensa pesadumbre aplastan.
Lidia el cristiano con audacia mucha;
Pero, si Dios la causa de los buenos
No protege en la lucha,
Al recio golpe de los mas, los menos
Sucumbirán al cabo,
Y eternamente arrastrará su patria
La cadena oprobiosa del esclavo.

«¡Oh tú que al pueblo de Israel salvaste
Separando las aguas del mar Rojo,
Y á tu soplo divino
De Jericó los muros derribaste,
Lanza, Señor, los rayos de tu enojo
Sobre el impío que tus leyes huella,
Y alegres cantos de victoria entone
El que hoy tus leyes con su sangre sella!» —
Así el caudillo de la cruz implora,

De ardiente fe su corazon henchido,
La proteccion del Dios á quien adora.
¡Dios la plegaria del soldado ha oído!
No mas torrentes de cristiana sangre
Descenderán al valle enrojecido,
Que el dardo agudo del infiel, apénas
De la mano impulsora se separa,
Rápido vuelve á lacerar las venas
Del mismo que sañudo le arrojará.
Patente ve el cristiano
La proteccion divina en tal prodigio;
De nueva fe su corazon reviste
Y al bárbaro africano
Con nueva saña valeroso embiste;
Y al grito omnipotente
De Dios, de libertad y de venganza,
La destruccion esparce en sus legiones
Hasta que, ya cansado de matanza,
Alegres cantos de victoria entona
Y al sueño se abandona
Sobre un monton de alarabes pendenes.

Al fin España rescató sus leyes
Y alzó, tras cien victorias,
Del polvo vil el cetro de sus reyes
Símbolo de sus glorias
Que el extranjero hollaba. —
¡Gloria inmortal al bravo entre los bravos
Que al esclavo condujo á la pelea!
Por él, donde sonaba
Tímido ayer el ¡ay! de los esclavos,
¡Hoy el pendon de libertad ondea!

ANTONIO DE TRUEBA Y LA QUINTANA.

TU SONRISA.

A ADELAIDA.

..... Una rosa su frescura
Entre tus labios de carmin vertió.
(SALVADOR BERMEDEZ DE CASTRO.)

Es mas dulce la sonrisa
De tu boca purpurina,
Que la fuente cristalina
Que en el desierto brotó;
Es mas grata la sonrisa
De esa tu boca hechicera,
Que la frondosa palmera
Que sombra al árabe dió.

Con ansia aguarda el marino
El tiempo de la bonanza,
Y cumplida su esperanza
A los cielos gracias da;
Mas yo aguardo tu sonrisa
Con mas ansia que el marino
Espera que el torbellino
Acabe y la tempestad.

Dulce será para el náufrago,
Por las olas combatido,
Un madero bendecido
Por su ventura encontrar;
Pero es mas grato á mi pecho,
Por las penas agitado,
En tu labio perfumado
Sonrisa amorosa hallar.

Anhelante busca el vate
Laureles, gloria, renombre;
Y es feliz si ve su nombre
Grabado por el buril;
Mas yo desprecio laureles,
Y la gloria yo desprecio,
Que en mas tu sonrisa aprecio,
Virgen hermosa y gentil.

Tras larga noche de insomnio
Se espera impaciente el dia,
Y es profunda la alegría
Cuando el alba apareció;
Así al mirar la sonrisa
Deslizarse entre tus labios,
Hasta olvido los agravios
Que tu desden me irrogó.

Es fama que en el Oriente
Su ley defiende el guerrero,
Porque al brillo de su acero
Descienda cándida hurf;
Yo mi pecho entregaria
A la espada matadora,
Por la sonrisa, señora,
De tus labios de alefi.

Se afana el hombre avariento
Por la plata y por el oro;
Y no siendo su tesoro,
Lo ve todo con desden;
Yo desprecio las riquezas,
Y tu sonrisa prefiero
Al oro del mundo entero, —
Al encanto del Eden.

Adora el santo rosario
El bendito anacoreta;
Sus trovas ama el poeta
Con delirante pasion;
Mas nada igualarse puede
Al encanto y la ventura
Que tu risa, virgen pura,
Derrama en el corazon.

La tortolilla á sus hijos
Llora triste en el ramaje,
Y entre aquel verde follaje
Lamenta su soledad;
En ancha jaula de hierro
Gime el turpial encerrado,
Lamenta el tiempo pasado
En radiante libertad : —

Yo tambien exhalo quejas
Y derramo triste llanto,
Al no gozar del encanto
De tu risa angelical :
Que adoro mas tu sonrisa,
Que su prole la paloma;
Mas que las flores su aroma;
Mas que la selva el turpial :—

Que es mas dulce la sonrisa
De tu boca purpurina,
Que la fuente cristalina
Que en el desierto brotó;
Que es mas grata la sonrisa
De esa tu boca hechicera,
Que la frondosa palmera
Que sombra al árabe dió.

J. M. TORRES CAICEDO.

Revista de París.

La Sofia Cruvelli, aquella fugitiva de la Opera que se marchó hácia el Norte sin darnos la menor noticia para esclarecernos sobre su fuga inesperada, ha vuelto mansamente á París, y el lunes último volvió á presentarse en las tablas y cantó su papel en los *Hugonotes*. Sin duda nos equivocamos al sospechar que el emperador de todas las Rusias nos había arrebatado la famosa cantatriz por todo este invierno, como mas de una vez ha sucedido con artistas de su mérito; fué solo una escapatoria de cuenta personal de la Cruvelli, y aunque el motivo no se haya puesto bien en claro, el público se da por satisfecho con su arrepentimiento y su venida.

Es cierto que en el dia de hoy existen razones poderosas para estimar, no dirémos en París sino en todo el mundo, la presencia de las pocas primas donas que puede suministrar el arte lírico; ¡su número es tan reducido, y las exigencias del público han crecido tanto!... La Sontag murió en su lejana expedición, y la Julia Grisi, otra artista de su tiempo y por el mismo estilo, dicen que se halla á punto de retirarse de la escena musical donde ha recogido ya tantos laureles. ¿Quién cantará la *Norma* despues de ella, de ella que la cantó despues de la Malibran y de la Pasta?

La vida artística de Julia Grisi se encierra, por decirlo así, en su divina creacion de la *Norma*. Esta cantatriz se estrenó en 1831 en Milan con el papel de Medora del *Corsaro*, música de Pacini, y su primera aparicion aseguró su triunfo. Antes de salir á las tablas se había hablado ya mucho de su hermosura, y así se explica que con solo mostrarse conquistó al público, pasándose mas de un cuarto de hora antes de que pudiera hacer oír una sola nota, tan estrepitosos y prolongados fueron los aplausos con que celebraron su salida. Su belleza, la graciosa sencillez de su traje, la abrieron todos los corazones, y cuando se puso á cantar, lejos de desvanecerse el prestigio, se hizo mas grande todavía. El entusiasmo no conoció límites; muchos años hacia que nada semejante se había visto en el teatro de la Scala; pero la ópera de Pacini no cobró fama, y ningún recuerdo se conserva de los pormenores de aquella noche, que señaló el primer paso de Julia Grisi en la carrera, excepto el de un hecho que pasó entre bastidores.

Bellini se hallaba entonces en Milan, consagrando todos sus instantes á la composicion de su *Norma*, y asistió al estreno de la jóven artista, de quien tantos elogios se habían hecho. El compositor se quedó tan admirado, que al finalizarse el primer acto, se fué inmediatamente al palco de la Grisi, y despues de felicitarla con ardor por aquel triunfo, despues de haberla besado con transporte las manos y la frente, exclamó entusiasmado :

— Hermosa voz y magnífica figura : ¡qué tesoro!

Sin embargo, entregado completamente á la idea fija de la composicion, Bellini cesó de hacer cumplidos á la jóven artista, y se puso á hablarla de su obra.

— Tengo un papel para Vd., hermosa Giulietta, y ¡qué papel tan magnífico! Un papel de jóven hermosa, confiada, amante, sensible, apasionada y desgraciada, todo, sí, todo cuanto es posible desear; no canta mas que de amor, y Vd., bella Giulietta, no podría cantar de otra cosa, pues como dice nuestro divino poeta :

*Perduto é tutto 'l tempo,
Ch' in amor non si spende.*

La jóven le miraba con asombro; Bellini continuó diciendo: — Sí, cantará Vd. el papel de Adalgisa, será Vd. Adalgisa, mi mejor papel, mi sueño. La Pasta tendrá el otro; justamente parece hecha para desempeñar la sacerdotisa sublime, aunque extraviada, que obedece al instinto de su naturaleza, á pesar de la prohibicion de esos druidas salvajes, supersticiosos, crueles y tan duros como sus dioses de piedra. Un guerrero la ama y la seduce, á pesar de su calidad de sacerdotisa, y á pesar de ser la primera de ellas la propia hija del gran sacerdote Orovesa. Vd. tambien tiene un amante . . .

— ¿Y quién es? preguntó con presteza Giulietta.

— El mismo Pollion, el que ama á Norma.

— ¿Cómo puede ser eso?

— Se lo voy á explicar á Vd., hija mia, contestó Bellini; ha de saber Vd. que Pollion se olvida de Norma; Pollion tiene un corazon sensible, se encuentra con Adalgisa que es jóven y hermosa, que es Vd., querida mia, y se enamora de ella, se inflama por Adalgisa-Giulietta. ¿No es esto natural, inevitable? Sin duda, Vd. corresponde á su amor...

— De ningún modo, interrumpió Giulietta, yo quiero un amante para mí sola, ó ninguno.

— Paciencia, paciencia, repuso Bellini; Adalgisa se porta perfectamente, ignora el amor de Pollion y de Norma, ignora tambien que tiene hijos.

— ¡Es sacerdotisa y tiene hijos! exclamó Giulietta.

— Se lo voy á explicar á Vd.; estos hijos son indispensables, como verá Vd. luego: he escrito un *agitato*; una melodía tan tierna, tan apasionada á causa de esos niños; si no hubiera esos niños todo estaria perdido.

Y Bellini cantaba la célebre frase del último acto cuando Norma suplica de rodillas á Orovesa que se apiade de aquellas criaturas.

— Aquí, continuó Bellini, hay entre Vd. y Norma un dno que hará furor, y una escena asombrosa en la que Pasta va á matar á sus hijos, pero no los mata. Además ha de saber Vd. que es Vd. amiga y confidenta de Norma, y que mediante la confesion que la hace Vd. del secreto de su amor á Pollion, Norma descubre la traicion y perfidia de su seductor. Pero mañana oirá Vd. todo esto, y entretanto debe Vd. saber que Norma y Pollion mueren abrasados al fin sobre una hoguera, segun la bárbara ley de los druidas. Solo siento una cosa, y es que Orovesa no muera con ellos, pero Romani no quiere. Adios, *carissima*.

— ¡Oh! yo no quiero un amante fementido, exclamó Giulietta, cuando Bellini salia del palco, sobre todo si muere abrazado al fin, porque entonces Norma le conservará á su manera.

— Pues bien, dijo Bellini, la quemaremos á Vd. tambien, á Vd. y á Orovesa.

Y se marchó riendo á carcajadas, sin pensar, el pobre artista, que pronto dejaria un mundo que amaba tanto!

Bellini fué muy exacto; á la otra mañana fué á casa de Giulietta, y repitió sus visitas en los dias siguientes hasta que la ópera estuvo concluida, y que la jóven cantatriz se quedó no solo contenta sino enamorada de su papel. Bellini tambien estaba enamorado, y fácilmente se advinará de quien.

Donzelli era entonces el *primo tenore* de la Scala, y acudia todos los dias á ensayar con Giulietta y Bellini ese papel de Pollion tan desdeñado por los tenores modernos hasta que Tamberlik mostró lo que se podia hacer en él resucitando el recuerdo de Donzelli, que se consideraba como un buen papel, y en efecto debe serlo. Donzelli trabajaba mucho en él, y repetidas veces Bellini se había levantado del piano despues del duo: *Va, crudele*, para dar un abrazo al tenor Donzelli, y otro á Giulietta, sobre todo á Giulietta que era tan amable.

La Pasta no queria asistir jamás á los ensayos hasta que se hacian en el teatro; pero en el ensayo general que tuvo lugar sobre la escena de la Scala, la eminente cantatriz prestó la mayor atencion á Giulietta, la hizo los mayores elogios de su voz y del modo como había comprendido el papel de Adalgisa, y volviéndose con frecuencia hácia Bellini que dirigia la orquesta, exclamó :

— *Benisima, bene*, muy bien, no canta mal esta muchacha, principiando siempre por el superlativo y acabando por el positivo, y mezclando el italiano con el francés, por una inveterada costumbre.

Estas alabanzas de la Pasta sonaban muy bien á los oidos de Giulietta, que volvió del ensayo ebria de alegría. Bellini la acompañó á su casa, y entrando con ella, exclamó mientras la jóven dejaba su sombrero sobre una silla :

— ¡La Pasta está contenta! Vamos, vamos, el duo... no, el primer recitado... no, el duo.

Y se puso al piano á deleitarse con sus propias melodías. Aunque modesto y á veces tímido, cuando se hallaba con personas que queria y en cuya amistad tenia confianza, como le sucedia con la simpática Giulietta, Bellini se abandonaba á una especie de vanidad, y se elogiaba sin reserva alguna. Pero no era vanidad, era mas bien amor al arte. Su alma estaba llena de música, pero ¡ay! no conocia otra música que la suya, sino con su genio habria podido ser algo mas que Bellini; su *Norma* seria una obra inmortal, tan inmortal como es seductora.

— ¿Cuánto me gustaria desempeñar el papel de Norma, decía Giulietta la víspera de la primera representacion, articulando con mucha fuerza sus palabras.

— ¡Oh! respondió Bellini; espere Vd. unos veinte años, y verémos. ¿Ignota Vd. que es el papel mas fuerte de la tragedia lírica, y que exige presencia, voz, expresion... y genio...

Bellini repetia esta palabra *genio* con una especie de grito : Giulietta echó á llorar y salió del aposento.

La *Norma* se representó en la Scala por primera vez el 26 de diciembre de 1831. El teatro estaba lleno de gente y brillaba con un esplendor extraordinario, pues se tenia una alta idea de aquella música, y como Bellini era ya muy popular, se pensaba que su nueva ópera debía de ser su obra maestra. Además cantaba la *sublime Pasta* con Donzelli, el favorito universal, que tenia una *cabaletta* que debía hacer que se hundiera el teatro, y por último salia tambien la jóven y encantadora Giulietta, ídolo ya del pueblo, de modo que debía ser aquella una noche como nunca se viera otra.

Pero el hombre propone y Dios dispone : la primera representacion de la *Norma* estuvo muy lejos de ser un triunfo; la escena de los druidas al levantarse el telon y el aria de Pollion fueron recibidas en silencio; la ponderada *cabaletta* pasó por una cosa muy comun, y los pulmones estentóneos de Donzelli trabajaron en vano para hacerla producir algun efecto. ¡Cosa extraña! la invocacion á la luna, que hoy gusta tanto, la graciosa *Casta Diva* no hicieron ninguna sensacion, y la *cabaletta* de la Pasta pareció tan insignificante como la del tenor.

El pobre Bellini que estaba alpiano en la orquesta, se hallaba pálido como un muerto y temblaba con un estremecimiento nervioso. Sin embargo, tenia esperanza en el conjunto de su obra, y esperaba que el juicio definitivo de la asamblea le seria favorable. Hablando consigo mismo ó con los músicos, decía á cada instante :

— Verémos, verémos.

Los primeros aplausos que se dieron los mereció el recitado *Syombra é la sacra selva* que sirve de entrada á Adalgisa. ¿Se aplaudió simplemente el mérito real de esa preciosa melodía, ó el modo suave y expresivo que empleó Giulietta para cantarle con aquella voz que se insinuaba en el oído como un antiguo recuerdo de infancia, despertando en el alma las sensaciones de la juventud y de la alegría? ¡Aplaudieron la extrema belleza de la cantatriz, que jamás había estado tan hermosa, ó celebraron todo esto reunido? No sabriamos decirlo; pero lo cierto es que el auditorio, cogido de sorpresa, se quedó cautivado en un segundo, y resonaron por todas partes bravos estrepitosos y prolongados. No obstante, aquello fué un paréntesis en lo que concernia al primer acto; todo lo demás, comprendido el trio final en que Norma pone á Pollion frente á frente con su crimen, aunque desempeñado admirablemente por la Pasta, y aunque Donzelli desplegó en la pieza mas que su energía de costumbre, se oyó en silencio, y el telon bajó sin un aplauso.

El fiasco fué completo para la Pasta y los demás cantantes; el empresario Morelli estaba furioso, y Bellini repetia su eterna cancion :

— Verémos, verémos

El segundo acto marchó como el primero hasta llegar á ese duo tan conocido de Norma y de Adalgisa : *Dele con te*; los primeros compases gustaron y se aplaudieron, pero la *cabaletta* hizo furor, y el teatro se hundia á fuerza de palmadas. Despues que se repitió otra vez este duo, ambas veces con el mismo éxito, la Pasta se volvió hácia la Grisi, y exclamó con un tono de profundo desprecio :

— ¡Y dicen que lo entienden!

El desden de la grande artista era muy justo, pues la *cabaletta* del duo es justamente de lo mas pobre y vulgar que hay en la ópera, y sin embargo esto decidió el triunfo de la partitura, pues desde aquella pieza hasta el fin todo se aplaudió sin reserva. El poderoso talento de la Pasta, su juego escénico, el canto robusto de Donzelli, la música expresiva de Bellini, recibieron el aprecio merecido, y concluida la ópera, el compositor fué llamado á la escena repetidas veces, siendo saludado con muchos *vivas*.

La *Norma* se representó cuarenta veces durante el carnaval, y ca la noche con mas éxito. Bellini estaba en el apogeo de su gloria, y Giulietta Grisi se hallaba tambien muy contenta, pues al ejemplo de la Pasta, tuvo la inspiracion de consagrarse tambien á la tragedia lírica. Ni un ademán, ni una mirada de la artista eminente se perdió para ella, y cuando se halló ya en posesion de todas sus fuerzas, dijo una noche en voz baja á Bellini entre bastidores :

— Maestro, cantaré el papel de Norma, y antes de veinte años, y aunque Vd. no quiera.

Bellini se sonrió con aire incrédulo, y la contestó :

— Verémos, verémos.

Mucho tendríamos que escribir si hubieramos de enumerar ahora los triunfos que alcanzó cuando, en efecto, Giulietta llegó á desempeñar ese papel de Norma que tanto deseaba; nos bastará decir que Julia Grisi ha merecido la inmensa reputacion de que disfruta en las principales escenas de Europa á la creacion de ese papel en que no imitó á la Pasta, y que si los amantes de Bellini sienten su retirada del teatro, es porque saben que no hay una mujer que pueda reemplazarla en la *Norma*.

MARIANO URRABIETA.

Sebastopol.

Nuestras correspondencias particulares de esta semana llegan solo al 28 de octubre, y nos dan cuenta de la jornada del 26 que fué tan fatal para la caballería inglesa, aunque haya costado tanta gente á los rusos como á los aliados. Parece que en la misma noche de aquel dia quedó reparado el descalabro de los ingleses. Una parte de la guarnicion de la ciudad quiso unirse á los 20,000 hombres del campo; los ingleses pudieron llevar sin ser vistos, su artillería ligera, y dispararon muchos tiros de metralla contra el enemigo.

« He visto, dice nuestro corresponsal, el segundo recinto de tierra detrás de los muros; es de poca valia. Cuando se hayan tomado los fuertes, me figuro que nada podrá resistir á un ataque simultáneo de nuestra artillería. Tambien se ve desde el punto en que estaba



Tiradores fortificados.

colocado, que todas las casas de la ciudad están fortificadas.»

Con la misma carta recibimos algunos dibujos curiosos que aquí publicamos. Llamamos la atención de nuestros lectores sobre una vista de una emboscada de cazadores, detalle interesante que muestra como cada hombre en su agujero espera la ocasión de apuntar á un enemigo que no espera semejante sorpresa. « Los rusos tienen tal miedo á los cazadores, dice nuestra carta, porque les han matado ya tanta gente, que han imaginado cerrar las troneras de los fuertes con ventanas en cuanto disparan el tiro, á fin de que no vean á los artilleros cuando cargan sus piezas. Sin embargo, no por esto logran su completa salvacion, y he aquí porqué el cañoneo no es tan activo como ántes. Es verdad que á esto contribuye el que se hayan demolido dos ó tres fuertes.



Un centinela perdido.

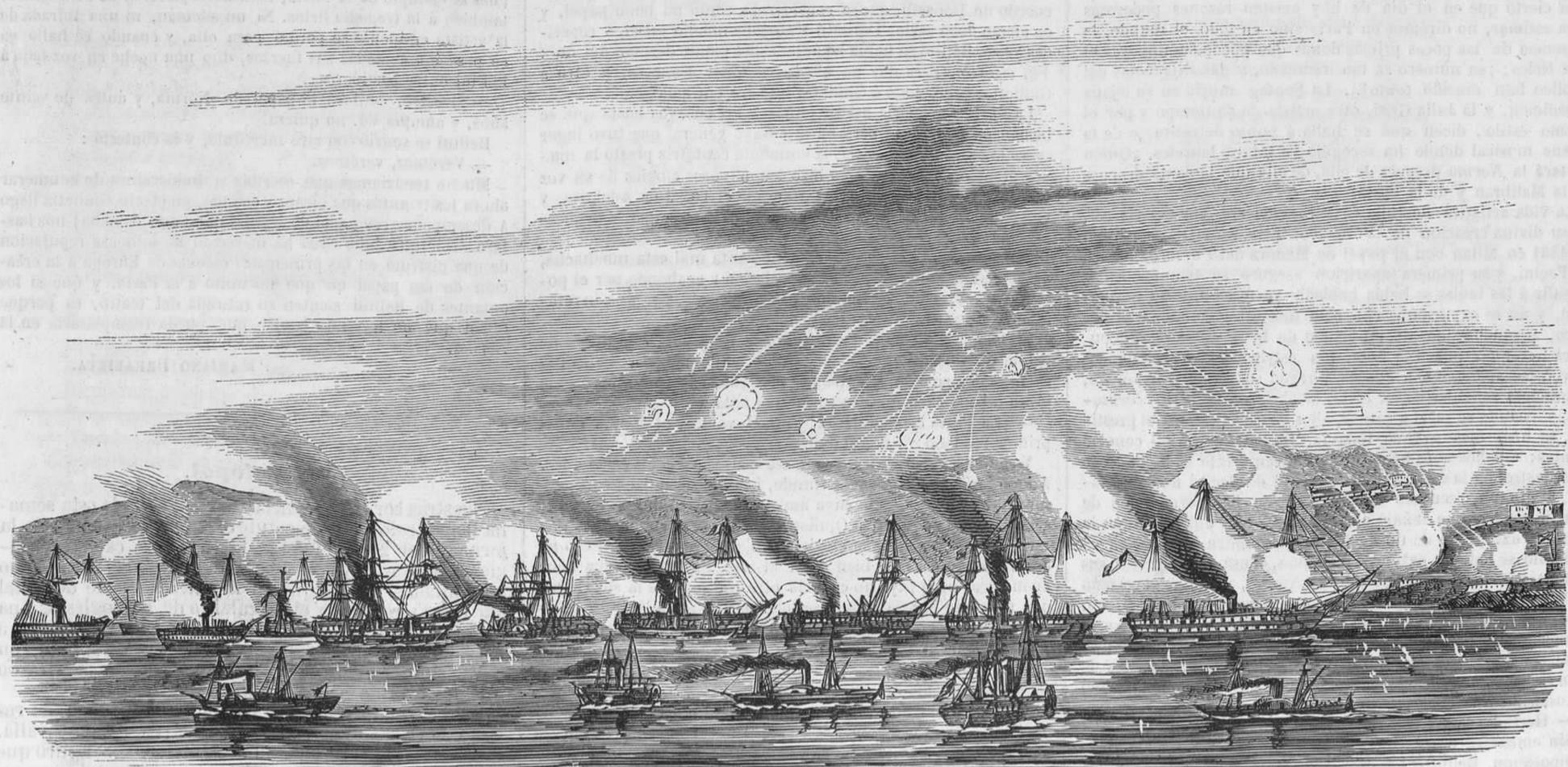


Un zuavo con su gato.

ó desterrado como el llaman los marinos, y el segundo un zuavo con su gato sobre la mochila. Es muy singular la afición que muestran los zuavos por los animales; el número de gatos que viven sobre las mochilas de sus amos es considerable; en medio del ruido del cañon, en el movimiento de los campos, estos gatos permanecen impassibles.»

Pasemos ahora á la explicacion de los demás grabados.

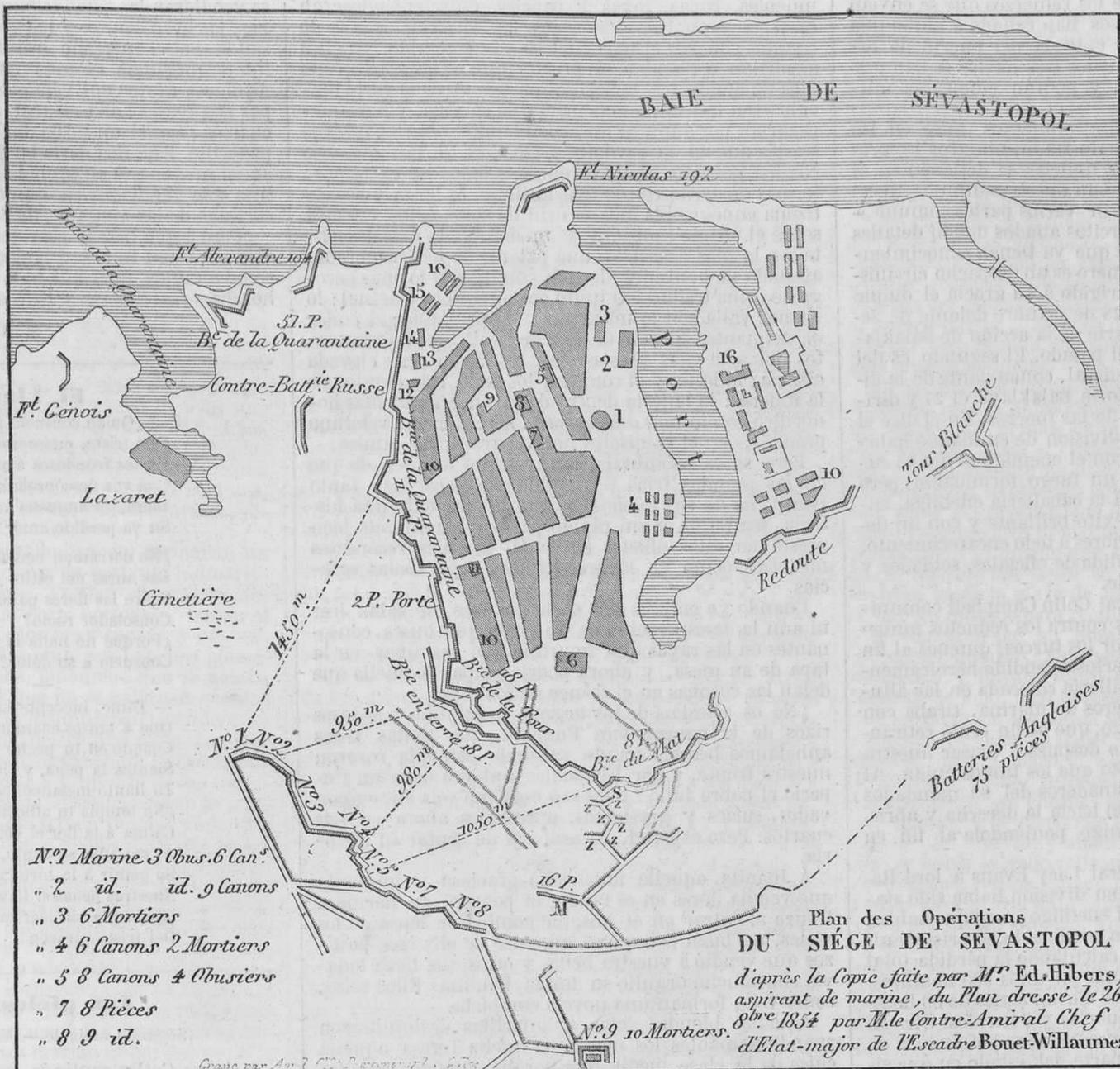
A continuacion ponemos una copia del plano de las operaciones delante de Sebastopol hasta el 30 de octubre, tomada del dibujo oficial enviado al Sr. ministro de la Marina, y otro dibujo representando la vista del navío almirante, la *Villa de Paris*, en el momento en que una bomba destroza su popa, en la accion del 18 de octubre. Consultando el plano del sitio que tenemos delante de los ojos, y que presenta como hemos dicho el



La escuadra francesa el 17 de octubre en su linea de batalla y rompiendo el fuego contra el fuerte de la Cuarentena.

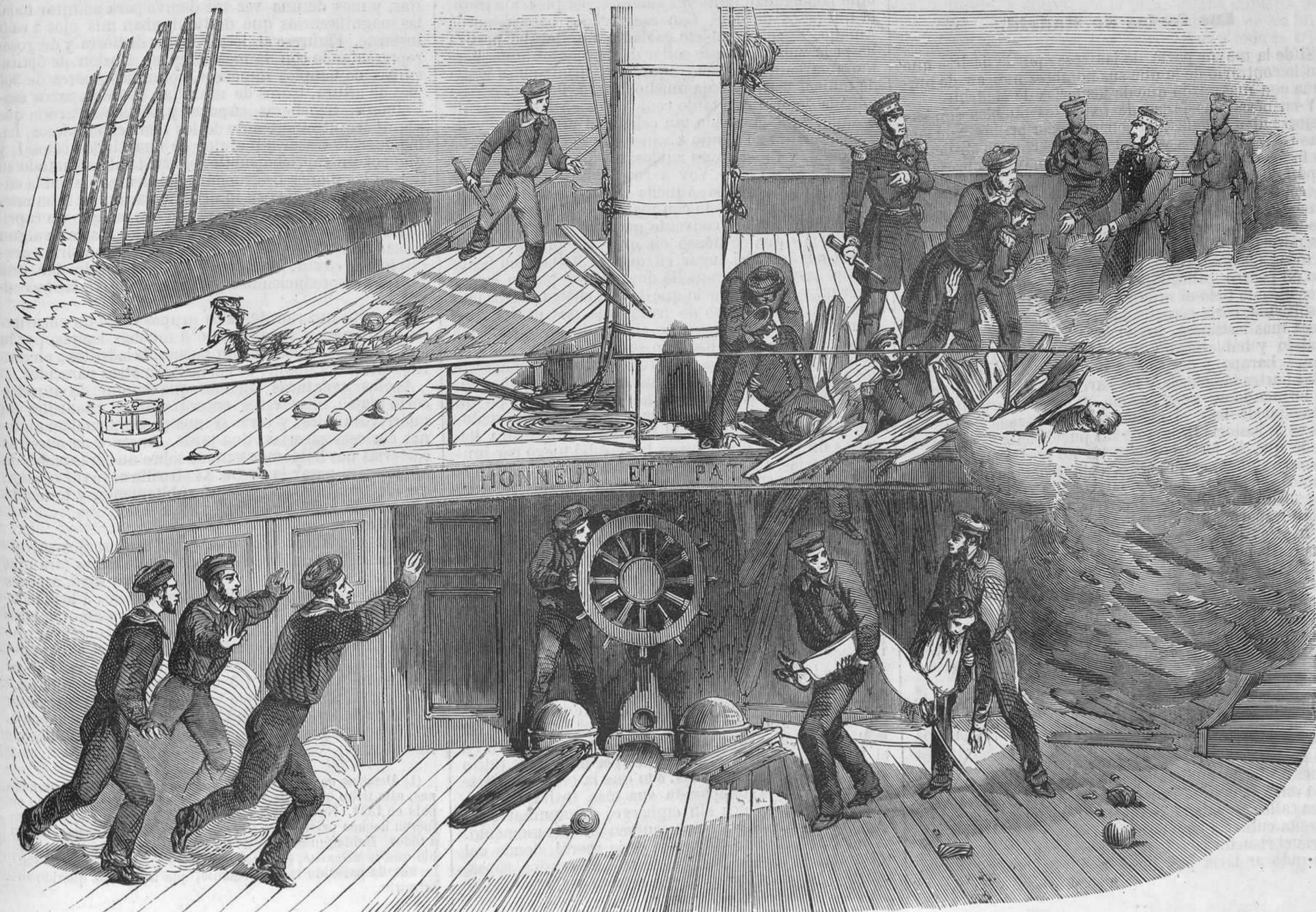
estado de las operaciones del 28 de octubre, llama la atención desde luego el terreno que los sitiadores han ganado; al comenzar su principal esfuerzo se dirigía sobre una línea Sur y Norte; hoy, contorneando hábilmente las obras avanzadas del enemigo, tienden á obrar siguiendo una dirección Este y Oeste, abrazando así con sus fuegos toda la ciudad de Sebastopol, el puerto, los establecimientos marítimos, y en fin, el corazón de la posición enemiga.

He aquí cuales eran las principales defensas de los rusos el 28. Partiendo de la bahía de la Cuarentena, y siguiendo lo orilla para llegar al N. O. se encuentra primeramente la batería de la Cuarentena con sus 51 piezas que el fuego de la marina arruinó casi del todo, y después el fuerte Alejandro, que le sucedió casi lo mismo. Detrás de este fuerte, y al alcance de la punta de la bahía de la artillería, principia una línea de defensa, hecha de albañilería que, pasando por toda la ciudad de Sebastopol se extiende hasta la extremidad Este del puerto. En



este sitio se halla reforzada con obras avanzadas, destinadas á protegerla contra las baterías aliadas de en frente. Una nueva batería de 16 cañones, armada por la marina, bate del Este al Oeste el principal bastion ruso, llamado *bation del Mat*. Delante de esta batería hay zanjas abiertas donde están emboscados los francos-tiradores (tiradores sacados de los zuavos y de los cazadores de Vincennes) de donde se lanzarán las columnas de asalto. En fin, un poco mas al Noroeste se hallan dos fuertes baterías inglesas, de 75 piezas que tiran sobre los buques rusos anclados en el puerto, y sobre el arsenal de la marina.

Las escuadras aliadas han vuelto á los fondeaderos que ocupaban antes del ataque del 18, en que tomaron una parte tan activa. La *Villa de Paris* reparó, con los elementos que tiene á bordo, las honrosas heridas de su popa, y todos los buques se hallan en las mejores condiciones posibles, tanto en el material como en su personal. Tres navíos, el *Yena*, la *Villa de Marsella* y el *Suffren* se han vuelto al puerto de



El navío almirante la *Ville de Paris* en el momento en que estalló una bomba sobre su popa.

Tolon para el transporte de los refuerzos que se envían á la Crimea; como los rusos han echado á pique una parte de sus buques á la entrada del puerto de Sebastopol para cerrarle, aquellos tres navios se han juzgado de sobra en las flotas, y podrán emplearse útilmente en el otro servicio.

Para no anticipar los acontecimientos, pues en las columnas de este periódico ilustrado, nuestros lectores comprenderán que nuestras noticias se detienen en el punto mismo en que se acaban nuestros dibujos, mencionaremos solo para concluir varios partes comunicados por los jefes de los ejércitos aliados dando detalles acerca de varios sucesos de que ya tienen conocimiento nuestros lectores. El primero es un despacho circunstanciado de lord Raglan dirigido á su gracia el duque de Newcastle y fechado el 28 de octubre delante de Sebastopol, en el que le da parte de la accion de Balaklava que tuvo lugar el 25 del pasado. El segundo es del conde de Lecan, teniente general, comandante de la division de caballería, fechado en Balaklava el 27 y dirigido á S. E. el comandante de las fuerzas. En él dice el jefe de la caballería que la division de su mando habia tenido un serio encuentro con el enemigo el día 23 sufriendo por mucho tiempo un fuego formidable; pero que habia dado una carga á la caballería enemiga, superior en número, con un éxito brillante y con un denuedo y una bravura superiores á todo encarecimiento. Sin embargo, añade, la pérdida de oficiales, soldados y caballos ha sido muy grande.

Otra es del mayor general Colin Campbell comunicando el ataque de los rusos contra los reductos números 1, 2, 3 y 4, defendidos por los turcos, quienes al fin los abandonaron no sin haberlos defendido heroicamente; pero, añade, nuestra artillería colocada en las alturas y servida por los artilleros de marina, tiraba con grande éxito sobre el enemigo, que al fin cedió retirándose á la izquierda, viniendo despues á atacar nuestra derecha en la que habia visto que los turcos huían. Al ver este movimiento los granaderos del 93 mandados por el capitán Ross volvieron hácia la derecha y abrieron el fuego sobre el enemigo poniéndole al fin en fuga.

Otro es del teniente general Lacy Evans á lord Raglan, dándole parte de que su division habia sido atacada el día anterior 26 por el enemigo; pero que habian sido rechazados los rusos con pérdida de 80 prisioneros y 430 muertos en el campo, calculando la pérdida total que habia debido experimentar en unos 600 hombres.

Nuestras pérdidas, añade, se elevan á mas de 80 hombres, 12 de ellos oficiales muertos y 5 heridos. Otro de lord Raglan al duque de Newcastle acompañando el de sir Lacy Evans y dándole parte del estado en que siguen las operaciones del sitio.

Las ferias de Madrid.

Si de la mayor parte de las cosas puede decirse que son lo contrario de lo que sus nombres indican, de ninguna con mas razon que de las ferias de Madrid.

Y en efecto las ferias de todos los pueblos son sus mejores dias de galas; la concurrencia brillante de sus mas ricos productos y de sus mas hermosas mujeres: las ferias en Madrid son sus dias de mayor pobreza, la exposicion de cuanto mas raído, roto, inmundo y asqueroso encierran los vastos arsenales de los ropavejeros. La orgullosa villa, arroja en estos dias sus doradas vestiduras, abre sus calles á la inundacion de todas sus miserias, al magnífico *Rastro*, á ese vasto hospital de todas las desgracias, que refugio durante todo el año en cuatro calles lóbregas y oscuras, ofrece ahora á los ojos de todo el mundo el gangrenado corazón de la soberbia, córte con sus dolores mas íntimos, su pobreza mas lastimosa, sus vicios mas repugnantes, palpitando y hablando en tanto trasto viejo, y chisme, y dize, y harapo, y despojo de la vida, como cubren por todas partes las plazas y los barrios, y la ciudad entera, formando ese gran poema, en cuyas elocuentes páginas puede leer el ménos curioso trazada á grandes rasgos la historia íntima de un pueblo feliz y poderoso. Desde que la feria empieza ya no necesita el filósofo esperar sentado en el oscuro sótano del usurero el desenlace de tantos dramas, cuyo epílogo es la venta de una última prenda. Entónces cada objeto es una frase, cada escaparate un capítulo, cada puesto una novela: las madres pueden comprar tambien sin peligro de censura las blondas de las prostitutas para cubrir con ellas la honrada pobreza de sus hijas, y los elegantes que sustentan su fausto con los continuos cambios, hallarán por todas partes fraques de larga y borrascosa historia, sombreros que han recorrido todas las posiciones sociales, anteojos que han librado de todos los acreedores, y guantes que han cubierto innumerables manos.

¡Ah! pero si las gentes que se entregan al placer de comprar objetos usados y viejos hubiesen aprendido á leer en ellos la historia de sus dueños, clavarían los ojos con horror en una pulsera de diamantes, que ni aun de balde se atreverían á tomar, y darían cien dolones por el tacón de una bota.

No sería tampoco la mas favorecida de las gentes la única calle que salvándose de la inundacion ropavejera presenta cubierta de puestos de frutas y tiendas de cristalería el risueño aspecto de una verbena, sino que todo el mundo andaría palpando, revolviendo y tanteando

muebles, ropas, joyas y papeles, entreteniéndose en ojear el gran libro de todas las miserias, que es de cuantos conozco el mas curioso y entretenido. Muchos acudirían á rescatar la prenda que vendieran en sus dias de amargura, temerosos de que otros al verla descubriesen la página mas íntima de su vida, y todos empezarian por admirar ese órden fatídico, esa ley de contrastes que en la revuelta confusion de tan inmenso cuadro presenta siempre reunidos todos los extremos; lo mas moderno con lo mas antiguo, la larga y pesada tizona ennegrecida por el orin de siete siglos, cruzada sobre el último junquillo de un dandy; lo mas flamante con lo mas desusado, una patente de héroe sobre un atestado de honradez; lo mas comun con lo mas peregrino; una traduccion junto con una obra original; lo de mas valía con lo mas ruin y despreciable; el collar de diamantes colgado de una tachuela; los instrumentos del arte mas grosero con los de la mas elevada ciencia; la lesna y el compás; los de la vida con los de la muerte; la lanceta dentro de la copera; lo mas honorífico con lo mas deshonoroso; las cintas del veterano prendidas en el camisolín hecho para fingir camisa.

Pero si os asombráis, curiosísimos lectores, de que en las prendas frias é inanimadas, separadas tanto tiempo ha de sus dueños, se pueda leer toda una historia, seguidme en mi rápido paseo y adivinaréis bien presto en estos objetos sin vida los mas recónditos misterios como en los geroglíficos y parábolas egipcias.

Cuando yo empecé mis observaciones, no sabia leer ni aun la desesperacion de un poeta que busca consonantes en las rayas que imprime con las uñas en la tapa de su mesa, y ahora podria palpar la huella que dejan las coronas en el cráneo de los reyes.

¿No os acordais de los negros, ondulantes y sedosos rizos de la encantadora Eugenia, que tantas veces anhelamos besar, cuando valsando con ella rozaron nuestra frente, y por los cuales hubiera dado un imperio el pobre Julio? Pues son esos que veis ahí empolvados, sucios y grasientos, apreciados ahora en seis cuartos. Pero esperad, os acabaré de contar su historia.

A Juanita, aquella muchacha graciosa y morenita que vendia flores en el Prado, la compró su hermosa trenza al entrar en el hospital comida de lepra de los vicios, un buen peluquero que hizo de ella esos postizos que vendió á vuestra bella, y otros que lleva todavía con mucho orgullo su amiga Paulina. Ellos solos, como veis, forman una novela completa.

Aquellas blondas rotas y amarillas deslumbraron cuando flamantes los ojos de la infeliz Teresa, aquella chica de la clase media que lloraba cuando veía las galas de las señoras, y que las compró á costa de su honra y de su vida: se vende para rodillas de limpiar velones.

Este corsé hizo esbelta á la jorobada Antonia cuyo talle ponderaban tanto sus amantes, porque tenia treinta mil pesos de dote. Con esos refajos pareció gorda Amalia, aquel esqueleto parlante que llevaba postiza hasta la vida. Con este collar de diamantes tenia hermosa garganta Eustacio, aquel monstruo que se vestía de mujer, porque tenia mucho dinero. Por esta sortija tomada de orin que tanto codiciamos en las lindas de Rosalia, aquella casada tan celada de su marido, vendió la perjurá su cariño á aquel señorón que la echaba de conde, y fué despues ruidosamente encarcelado por cómplice de un robo. Voy á comprarla, me servirá de anillo para mi cortina. Aquella imagen hacia innumerables milagros cuando con marco de oro la adoraban sobre el altar de un convento nuestros padres, y ahora vale ménos que el lienzo en que está pintada, y no puede salvarse del lugar en que se halla. Una beata besaba devotamente aquella devanadera por su forma de cruz, y con el rosario que de ella cuelga rezaba una Celestina. Este cuadro de frutas que nos provoca las náuseas, excitaba vivamente el apetito en el comedor de nuestros abuelos. Ese rizo se halló sobre el cadáver de un suicida, y una prostituta acaba de reconocerlo por suyo. El cuchillo de cocina mellado y sin mango, que está sobre él, sirvió muchos años de puñal en un teatro, y temblaban de horror al verle los espectadores. Las arcas que están al lado las compró para llenarlas un tío, y un sobrino las vendió luego por inútiles y vacías. Un ministro estrenó el frac que está inmediato: un elegante le arrancó las placas, reformó el talle, y llenó de flores los ojales, un pretendiente, despues le renovó las mangas: un cesante le recortó los faldones para remendarle, y un tendero por último le tomó á cambio de un panecillo. El sombrero caído ó tirado debajo de aquella mesa, oprimió cuando nuevo las sienes de un casado, que le abandonó por chico: un literato le recogió por grande para fingir calveza, y un arenero le trajo rodando hasta aquel sitio por no mancharse. A través de aquellos lentes no veía un pedante las personas que pasaban, y un tramposo divisaba luego sus acreedores antes de que aparecieran.

¿Pero á dónde iríamos á parar con nuestro artículo, si contáramos la historia de los infinitos objetos que nos obstruyen el paso, en estos benditos dias de ferias? Baste lo dicho para que nuestros lectores se inicien en el lenguaje simbólico de ese gran poema, de ese juicio final de todas las desgracias, con que la orgullosa córte ostenta, en esta temporada sus mas íntimos misterios. No concluirémos sin embargo, sin apuntar aquí algunas reflexiones que nos ocurren en este momento. Si existiese todos los años una feria moral, donde del mismo modo que se venden en esta los trastos, ropas, muebles, libros, diges y despojos mas viejos y raídos,

se vendieran las reputaciones, los nombres, los corazones, las hermosuras y las virtudes, que no hallasen ya salida en el mercado ordinario de la vida, ¿qué de interesantísimas escenas no veríamos á cada paso? Aquí una mujer nos vendería su immaculada honradez por dos reales: allá otra su postiza hermosura en diez cuartos: acullá un poeta daría su inmortalidad por un panecillo. Este nos daría su fidelidad política al fiado: aquel pregonaría su probidad de valde, y políticos habria que vendiesen su reputacion hecha girones para cortinas de las ventanas de las ramerás.

¿Pero á qué desear esta feria, ni que serian quince dias para tan inmensa concurrencia? Vale mas estar como estamos, pues que todo el año es feria, todos los hombres mercaderes y todo el mundo mercado.

M. O. DE PINEDO.

El Llanto

— ¿Quién consuela á la tórtola,
Que triste, enamorada,
En los frondosos álamos,
Con voz desconsolada
Llora, de angustia trémula,
Su ya perdido amor?

¿No derraman benéficas
Las auras del estío
Sobre las flores páldas
Consolador rocío?
¿Porqué no halla la tórtola
Consuelo á su dolor?

— Dime, inocente Lálage,
Que á tantos enamoras;
Cuando en tu pecho cándido
Sientes la pena, y lloras,
Tu llanto melancólico
¿No templa tu afliccion?
Calma á la flor el céfiro,
Al ruiseñor su canto,
Su gemir á la tórtola,
Nuestras penas el llanto.
¿Qué sería sin lágrimas
Del triste corazón!

Los pieles-rojas.

(Segundo artículo.— Véase la pág. 339.)

M. Jorge Catlin continúa su narracion en estos términos:

Despues de haber subido hasta el nacimiento al Yellow-Stone, quise bajar el rio. Difícil es hallar un espectáculo mas imponente que el que presentan sus orillas, y mas de una vez me detuve para admirar todas las magnificencias que deslumbraban mis ojos á cada instante. Figúrese el lector masas de tierra y de rocas representando con la mas completa ilusion de óptica, ruinas de templos inmensos, columnas, torres de 300 piés de altura, trozos de murallas, castillos, arcos majestuosos, trincheras, cúpulas y pórticos. Parecia que algun arquitecto gigante de los tiempos fabulosos, habia querido trazar allí el tipo de una ciudad colosal, y que por un capricho súbito, el artista abandonando su obra á las manos destructoras del tiempo, le habia encargado de cambiar su inmensa creacion en montones de ruinas sublimes. Y todo eso no es mas que un capricho de la naturaleza, probablemente los restos de algun volcan apagado. Ni la pluma ni el lápiz podrian describir su efecto; sin embargo he querido dar una muestra reproduciendo aquí lo que llaman las *tres cúpulas*.

La parte superior de estos grupos es de un encarnado brillante, y se distingue á muchas leguas, por lo cual los viajeros los llaman hornos de ladrillos; en muchos sitios del Missouri se encuentran otros parecidos.

Varias aventuras tenemos que contar de nuestro corto viaje; y unas veces encontrabamos cuadrillas de guerreros indios, y otras se nos proporcionaban algunas curiosas cacerías. Una tarde, cansados de nuestras correrías nos habíamos tendido sobre nuestras pieles de búfalo para pasar la noche. Al otro dia al rayar el alba, uno de mis guías se levantó súbitamente, y tomando su escopeta gritó á su compañero:

— Mira un oso.

A estas palabras me levanté, y nuestros ojos se volvieron hácia el *caleb* (oso pardo), y le vimos (era una hembra) sentada con la majestad de su sexo, á pocos pasos de nosotros, con sus dos pequeñuelos á los lados, y mirándonos fijamente. Yo proyecté un ataque, pero mis guías se opusieron á ello haciéndome observar que segun la ley india, no se debía atacar al *caleb* fuera del caso de legítima defensa. En esto vino el *marido* de la fiera, y mi valor se enfrió algun tanto. Nos embarcamos lo mas pronto posible y bajamos el rio á fuerza de remos para llegar á la aldea de los mandanes ó See-pohskah-nú-mah-kee (pueblo de faisanes) como ellos se llamaban (1).

(1) Despues de esta visita que hizo el autor á los mandanes, esta tribu quedó destruida por las viruelas que desoló su país en 1838. No sobrevivieron mas de treinta ó cuarenta que fueron hechos prisioneros por los ricarces que los degollaron á todos. Hablarémos pues de los mandanes como de un pueblo que ya no existe, pero todo lo que sobre ellos dice M. Catlin nos ha parecido tan interesante, que no hemos querido suprimirlo.

El origen de esta tribu, como el de las demás, se halla rodeado de misterios; sin embargo, los mandanes se llamaban el primer pueblo creado sobre la tierra. Antiguamente formaban un pueblo numeroso, y aun hoy cerca de S. Luis, se ven ruinas que atestiguan su presencia. En la época en que los visité, se hallaban reducidos á unos 2,000 que vivían acampados en las orillas occidentales del Missuri y poseían dos aldeas. Su *capital* se hallaba situada en una llanura inmensa, sobre una roca de 40 á 50 piés de elevación y junto á un río que defendía la aldea por tres lados; el cuarto estaba protegido por una fuerte empalizada. Esta aldea ofrecía un aspecto bastante singular; las chozas, muy apiñadas, y construidas de tierra y tablones de madera tenían encima una especie de cúpula que, cuando hacía buen tiempo, servían de punto de reunión de las familias. Sobre la puerta de cada wigman estaban expuestas las cabezas de los enemigos muertos en la guerra, y al lado colgaban de largas varas pieles de búfalo y pedazos de paño ó de tela, que eran otras tantas ofrendas al Grande-Espíritu. En cuanto el viento destrozaba estos maniqués eran reemplazados por otros. El interior de las chozas anunciaba ciertas comodidades; todas las camas tenían cortinas, y al lado de cada cama se veía un trofeo de armas, pipas y bolsas de misterios.

Los mandanes, aunque valientes, no formaban un pueblo guerrero, de modo que eran bastante industrioses y ricos en objetos de lujo. Vestían con cierta elegancia, y las mujeres que eran hermosas, tenían el cutis casi blanco y unos ojos muy suaves y expresivos. Lo mas notable en ellas eran sus cabellos plateados, casi enteramente canos, fenómeno que se notaba aun en las criaturas, y del que no se hallaban exentos los hombres, aunque estos lo disimulaban tiñéndose los cabellos con barro encarnado desleído en agua. Las mujeres al contrario, ostentaban su cabellera natural, que les llegaba hasta las rodillas. A propósito de las mujeres de los mandanes, se puede reasumir aquí la posición de la mujer en todas las tribus indias; ya hemos tocado esta cuestión, pero ahora añadiremos que la poligamia está muy admitida en las tribus de la América del Norte, donde se ven algunos jefes que poseen hasta catorce mujeres. Por lo demás ya hemos dicho que la mujer es la esclava y no la compañera del hombre; una mujer se vende como otra cualquier cosa, los padres se reservan este derecho y venden sus hijas sin consultar sus inclinaciones; sin embargo, esto se llama casarlas. Las indias desean ser vendidas á los traficantes blancos, porque así se sustraen á las duras tareas que tendrían que soportar con un marido indio. Por eso este honor solo está reservado á las hijas de las principales familias. Podría creerse que las mujeres, en su triste condición, se hallan privadas de todo sentimiento, pero no es así, y aun se observa en ellas un cariño filial, materno y conyugal muy pronunciado. Hablaré de esto cuando trate de los cuidados que prodigan á los difuntos.

En general se casan de once á catorce años, por lo cual pierden pronto su belleza. Las mujeres no comen jamás con sus maridos, sino que se van aparte con los niños y los perros.

Los mandanes se vestían con mucho lujo; sus cabezas iban adornadas con plumas de águila ó de cuervo, seda y armiño, y algunos guerreros afamados llevaban además cuernos de búfalo. Puede decirse que todos los indios de la América del Norte se visten poco mas ó ménos, de la misma manera; la diferencia mas notable se halla en los bordados y en los adornos de la cabeza. Esta semejanza, por extraordinaria que pueda parecer tratándose de pueblos siempre en guerra, se explica perfectamente: los despojos del enemigo muerto son propiedad del vencedor, y por otra parte las tribus al hacer sus tratados de paz tienen por costumbre el imponerse mutuamente por condición, unas veces el tomar una parte de sus vestidos, otra el adoptar algunos de sus trajes, de modo que á lo largo esto ha producido una confusión inevitable.

Los mandanes como las demás tribus indias, eran muy supersticiosos, y tenían la mayor fe en los misterios, así como en la influencia de los bailes. Mientras cuento algunas escenas de este género que presencié, puedo decir desde ahora, como rasgo característico, que mi pintura fué considerada por ellos como un misterio impenetrable; primero me consideraron mucho, y despues el viento cambió, y les inspiraba un terror muy grande; pretendían que yo debía tomar la mitad de la vida de un hombre al reproducirle sobre el lienzo, y que por consiguiente abreviaba sus días. Mucho trabajo me costó persuadirles de que se engañaban, pero al fin lo logré, y se concluyó la paz entre nosotros mediante una comida que me dió en su choza el jefe de lobo, despues de la cual me regaló una admirable piel de búfalo donde estaba pintada toda su biografía; cada uno de los dibujos informes que se encuentran en ella retraza una acción de su vida, esto es, la muerte de un enemigo.

Durante mi travesía de S. Luis al fuerte del mercado de pieles, pasamos por la aldea principal de los mandanes donde asistimos al desenlace de una escena muy rara. Se trataba nada ménos que de hacer la lluvia. No había llovido hacia tiempo, y estaba á punto de perderse la cosecha de maíz y de trigo; los doctores se habían reunido en consejo, y habían resuelto que era preciso hacer caer la lluvia. Todos los jóvenes que aspiraban al título de doctor, recibieron el encargo de probar su influencia. He aquí como pasó la ceremonia:

Cada uno de los aspirantes subía á su vez sobre un wigwam sagrado, y con voces, amenazas, oraciones ó ademanes llamaba la nube que debía verter la lluvia bienhechora. Para esto se le daban veinticuatro horas, y si su intervención no producía ningun efecto, quedaba perdida su reputación, otro tomaba su puesto, y luego otro, hasta que al fin llovía. En la circunstancia á que me refiero, tres individuos habían ya inútilmente invocado ó amenazado al cielo, cuando al cabo se apoderó del puesto Wak-a-da-ha-hu (crines de búfalo blanco) y en un discurso arrogante anunció á la muchedumbre que solo él triunfaría, y se puso á lanzar hacia el Oeste flechas que decía él estaban encantadas. La casualidad hubo de favorecerle un instante, pues se notó á lo lejos un punto nebuloso que se destacaba sobre el azul del cielo, y se acercaba insensiblemente; bien luego la nube se fué haciendo mas gruesa, y se oyó un ruido como el del trueno... la muchedumbre aplaudió con estrépito... Pero poco á poco la admiración se cambió en terror... ¡ay! la nube no era otra cosa que el humo de nuestro steamer, y el mugido de la tempestad era el ruido de las máquinas y de las ruedas. El mágico en ciernes insistió sin embargo en decir que su misterio era bueno, puesto que á falta de lluvia les había traído un thunderboat (barco-trueno). Por lo demás, su victoria fué completa, llovió abundantemente por la noche, pero por desgracia hubo truenos verdaderos y el rayo mató á una joven: Wak-a-da-ha-hu fué acusado públicamente de la causa de esto, y expió su crimen ofreciendo al padre de la joven tres caballos; entónces recibió el sobrenombre de *Big-doble medicina*, (el que lleva en sí un doble misterio).

Como yo quería asistir á la ceremonia religiosa anual de los mandanes, me decidí á prolongar entre ellos mi residencia, por lo que pude estudiarlos bien y conocer todo lo que tienen de grande, de noble, de generoso y sencillo á la vez en su carácter. De esto me convencí al ver los tiernos cuidados que prodigan á sus difuntos. Dentro de la empalizada de que he hablado y que servía de fortificación á uno de los lados de la ciudad, estaba su necrópolo, donde había una porción de sarcófagos bastante elevados para hallarse al abrigo de la glotonería de los perros; allí colocaban al difunto cubierto con sus mejores vestidos despues de haber untado de aceite todo el cadáver, y á su lado ponían su aljaba, su pipa, tabaco, un cuchillo, una piedra de lumbré, y todas las provisiones necesarias para que no le faltara nada durante el largo viaje que debía emprender. Dejaban que el cadáver se secara y cayera en polvo, y despues recogían con cuidado los huesos y los enterraban, excepto la cabeza. Cada familia poseía en el cementerio un rincón donde estaban reunidos en círculo todos los cráneos con la cara vuelta hacia el centro. En medio de este círculo había dos palos donde estaban colgados muchos objetos de superstición. Cada cráneo se hallaba sobre un montoncito de yerbas odoríficas. Todos los días se veían padres, maridos, mujeres y niños, encorvados bajo los sarcófagos con la frente en el polvo, orando, llorando y haciendo penitencia para apaciguar á los espíritus de la muerte.

Estas manifestaciones de dolor eran perennes, pues todos los días visitaban á sus muertos y los llevaban el plato mejor de sus comidas, que cambiaban todas las mañanas. En verano las mujeres pasaban días enteros en el cementerio trabajando sentadas al lado de los difuntos, y dirigiéndoles la palabra como si pudieran responderles.

Los mandanes hacían muchos sacrificios, pero no humanos; mataban á sus perros y á sus caballos, y en los grandes casos ofrecían al Grande-Espíritu, uno ó dos de sus dedos. Eran un pueblo bastante perezoso que solo salía de la ociosidad para jugar, cazar ó bailar, tres cosas que les gustaban igualmente. Su caza era principalmente la del búfalo, y de ella hablaré en otro lugar; en cuanto á sus juegos tenían muchos, y en ellos desplegaban tanta destreza como vigor; por el juego vendían hasta su libertad. Con los juegos acostumbraban á sus hijos en la niñez á todas las astucias de la guerra; todos los días un guerrero viejo de la tribu, encargado de instruirlos, los llevaba al combate. Además, hombres y mujeres sabían nadar perfectamente, lo que era una necesidad para todos ellos, pues se veían obligados á veces á pasar grandes ríos para escapar al enemigo con lo que poseían.

Por fin asistí á la famosa ceremonia anual llamada de los *cuatro días*, y voy á describir aquí esta solemnidad curiosísima.

En el centro de la aldea de los mandanes había una ancha plaza, una arena pública para todos sus juegos y ceremonias, y en medio de ella se veía como un tonel que encerraba los principales objetos para los grandes misterios. Este tonel, era muy venerado por los mandanes. Sobre la plaza, y en frente del tonel estaba el wigwam sagrado, ó caverna de los misterios, donde iba á pasar la ceremonia á que me refiero. Me acerqué pues con respeto, pero estaba muy lejos de sospechar que el umbral del wigwam debía estar manchado de sangre humana! La ceremonia que voy á describir, es un aniversario que celebran en honor del diluvio que llaman Mee-nee-ro-ka-ha-sha, y con este motivo, se les presenta una buena ocasión de bailar el baile de los búfalos, ó por otro nombre, llamado Bel-lohek-napic, al que atribuían el poder de llamar á esos animales al país, siendo al propio tiempo un medio para probar la fuerza de energía de los jóvenes guerreros en el momento en que entraban en la edad viril. Por fin, los tormentos voluntarios que se imponían, tenían un objeto análogo: dos palabras de la religión de los indios

explicarán todo esto. Todas las tribus creen en dos espíritus, el bueno y el malo, en una vida futura y en una justa remuneración de las virtudes ó los vicios de este mundo. Segun ellos, el infierno es un país de nieve y de hielo de un aspecto horroroso, donde se padecen las mayores privaciones, y el paraíso por el contrario, se encuentra en una latitud magnífica donde se disfruta de un eterno verano en vastas praderas pobladas de muchos rebaños de búfalos. El espíritu bueno habita en el infierno para disfrutar de los tormentos del culpable, y el malo está en el paraíso para tentar allí á las almas virtuosas. El infierno no es eterno; cuando el criminal ha expiado sus crímenes pasa al paraíso, donde se halla sometido nuevamente á las tentaciones del espíritu maligno. Así, pues, para apaciguar al buen espíritu y hacerse dignos de las grandes cacerías del otro mundo, los mandanes se sometían á los mas crueles suplicios.

En la mañana del día en que debía comenzar la ceremonia, toda la aldea estaba revuelta y descubrí sobre los wigwams, grupos de mujeres y de niños con los ojos vueltos hacia el Occidente de donde bajaba con lentitud un hombre en dirección á la aldea. Una especie de alarma se esparció entónces entre la muchedumbre, como si creyeran que les amenazaba un gran peligro; los guerreros prepararon sus arcos, y se hicieron preparativos lo mismo que si se tratara de un combate. El hombre del Oeste se acercaba con dignidad, y así llegó hasta la plaza de la aldea donde los guerreros se habían reunido para recibirle; le tendieron la mano, y le llamaron por su nombre Nee-mohk-muck-a-nah (el primer hombre.) Este personaje se hallaba pintado de blanco y llevaba sobre los hombros cuatro pieles blancas de lobo, y en la cabeza el plumaje de un cuervo; en la mano izquierda tenía una pipa con gran veneración. Despues de haber sido recibido por los guerreros se dirigió hacia el wigwam sagrado y le abrió. Todo el día estuvo reconociendo la aldea, llamando á las puertas de las chozas; entónces le preguntaban lo que quería, y él respondía contando á su modo la catástrofe del diluvio, y añadía que era el único hombre que se había salvado retirándose en un alto monte del Oeste donde residía; luego pedía á cada individuo un regalo para el wigwam sagrado, bajo pena de que volviera un nuevo diluvio. Aquella noche nadie durmió en la aldea, todos estaban á las puertas en silencio. Al salir el sol, Nee-mohk-muck-a-nah se dirigió hacia el wigwam donde le esperaban los jóvenes candidatos al martirio que eran 24; se colocaron en círculo, y él se puso en medio, y despues de haber fumado una pipa, invocando al Grande-Espíritu, delegó sus poderes á un viejo doctor que llamó O-kee-pah-ka-se-kah (maestro de ceremonias) y desapareció atravesando otra vez la aldea.

Durante tres días los 24 jóvenes estuvieron encerrados en el wigwam preparándose para los tormentos que debían sufrir, y entretanto la plaza estaba cubierta de juegos y de bailes. Vamos á describir el baile de los búfalos, cuyo dibujo acompaña. Duró 4 días y toda la tribu asistió á él; la muchedumbre para ver mejor se había subido á las cúpulas de las chozas. El campo de los bailarines estaba pintoreado de un modo singular; ocho se habían vestido con una piel de búfalo y llevaban encima un haz de yerba. El primer día se bailó una vez en cada uno de los cuatro puntos principales; el segundo dos, el tercero tres, y el cuarto cuatro veces. El doctor que presidía la danza fumaba su pipa mirando al Norte, al Sur, al Este ó al Oeste, segun el punto donde se ejecutaba el baile. El cuarto día á una señal dada, los bailarines se acercaron, el maestro de ceremonias salió y bailó á su vez, cantando en tono lastimero, hasta que se encontraba cerca del tonel simbólico sobre el cual apoyaba su frente. Entónces cuatro viejos fueron á tomar en el umbral del wigwam cuatro vasijas de piel de búfalo llenas de agua, que venían, segun dijeron, de las cuatro partes del mundo, y que había sido recogida cuando el diluvio. Estas cuatro vasijas se pusieron junto al tonel, y todos lanzaron hurraes furiosos con acompañamiento de una música diabólica que duró cerca de un cuarto de hora; luego los cuatro viejos cogieron las vasijas y las llevaron adonde ántes estaban. De repente se presentó en medio de la plaza un especie de monstruo pintado de negro que se puso á dar brincos; el doctor señaló con su pipa al monstruo negro, que figuraba el diablo, el cual se detuvo inmóvil; la pipa obró el prodigio de hacer desaparecer al demonio por aquellos campos.

En seguida de este exorcismo, el maestro de ceremonias se volvió al wigwam seguido de los atormentadores, y al punto principió la escena de los tormentos, llamada pohk-hong. Dos hombres se apoderaban del paciente que se ponía en cuatro piés; uno de ellos le tiraba un pellizco de una pulgada ó dos de carne en cada hombro ó sobre el pecho, y la traspasaba con un cuchillo, y luego el otro introducía en la herida unos pedacitos de madera, á los que fijaban unas cuerdas; hecha esta operación alzaban al paciente á flor de tierra, y luego le metían del mismo modo estos pedacitos de madera en los codos, en los muslos y en las rodillas, al cabo de lo cual alzaban al desgraciado á siete ú ocho piés, desde donde le soltaban de repente. Grande era el valor con que los pobres indios soportaban este suplicio horrible; los jefes de la tribu estaban allí examinando la energía de cada uno para darle luego el mejor puesto en la guerra. Una vez terminadas las operaciones, el maestro de ceremonias se acercó al río y en presencia de toda la tribu, arrojó al fondo del agua todos los regalos que se habían hecho.

Además del baile anual de los búfalos de que acabo de hablar, los mandanes tenían otro baile de búfalos que ejecutaban indiferentemente en todas las épocas del año, y en el que tomaban parte todos los guerreros de la tribu que se cubrían la cabeza con una máscara de piel de ese animal; atribuían á este ejercicio el poder de atraer á los búfalos, y en efecto sucedía así, pues se entregaban á él hasta que lograban su deseo, de modo, que los bailes duraban á veces tres semanas noche y día, sin descanso.

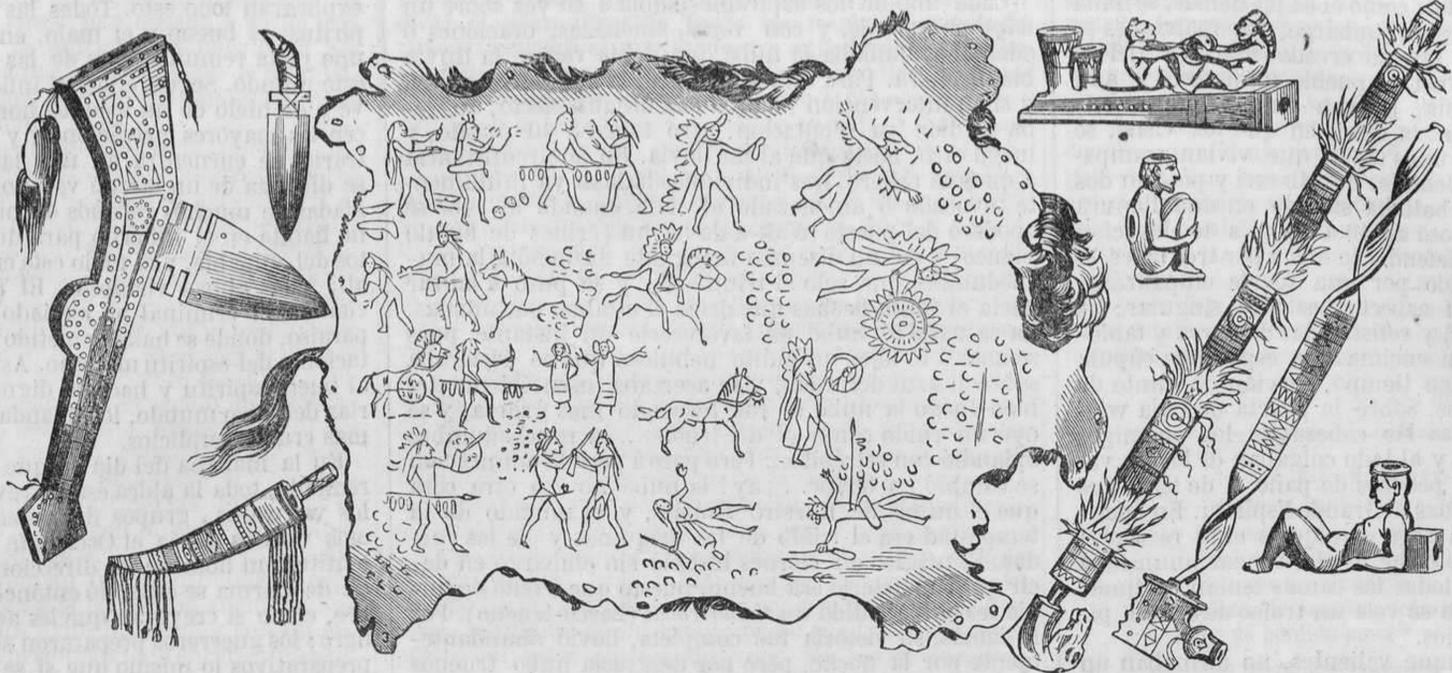
Cuando presencié el triste espectáculo que acabo de describir, me fui á la aldea de los minatareos, que también se halla situada en la ribera occidental del Missuri á ocho millas de los mandanes. Los minatareos (pueblo de los sauces) forman una pequeña tribu de 1500 almas, dividida en tres aldeas; sin duda proceden de los crows pues tienen su traje y sus costumbres con algo también de los mandanes con quienes estaban en largas relaciones. Su jefe era un anciano de cien años, que había casi perdido la voz y la vista, y pasé algunos días en su wigwam con dos jefes crows que habían ido á visitarle. Con este motivo pude admirar la hermosura de un jefe crows á caballo y de toda gala; doy un dibujo de él para que el lector juzgue.

Bajando el Missuri, llegué al corazón del país de los siux ó dah-ca-tas, que es una de las tribus más numerosas de la Amé-

rica del Norte, y también una de las más turbulentas. Sus hombres son altos y hermosos; he visto uno que tenía más de seis pies. Se hallan repartidos en 42 familias ó aldeas cada una con su jefe que obedece al jefe general. Se dividen en siux del Missisipi y del Missuri; los primeros están bastante civilizados y tienen frecuentes relaciones con los blancos; por consecuencia, les gusta el aguardiente. Son muy amigos del lujo y de los goces de la vida.

Voy á entrar ahora en algunas explicaciones sobre la costumbre del escalpelo que

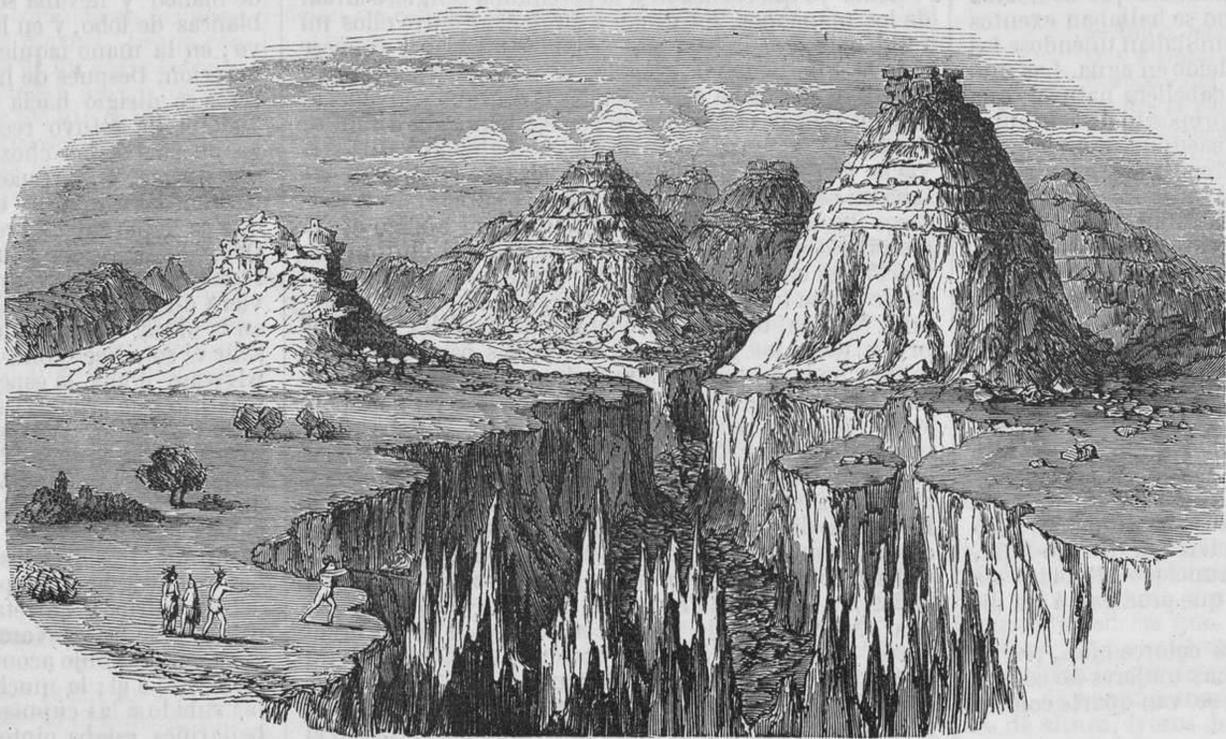
reina entre los indios. Esta operación consiste en arrancar sobre lo alto de la cabeza de un enemigo muerto un pedazo de piel grande como la mano, que conservan cuidadosamente como un trofeo glorioso; además el vencedor corta la cabellera al enemigo para adornar con ella sus vestidos. Como el escalpelo es la prueba de la muerte de un enemigo, los indios no tienen interés en practicarle sobre la cabeza de un vivo; el solo caso en que esto sucede es cuando un hombre cae herido en el combate, pues el indio puede escarpelarle considerándole muerto; pero si sana, se queda con una coronilla toda su vida, y nada más, pues la operación se hace con tanto timo, que jamás toca al hueso del cráneo. Antes de escarpelarlo, le colocan á la punta de una estaca para santificarlo por el baile llamado de los escarpelos, que se verifica á



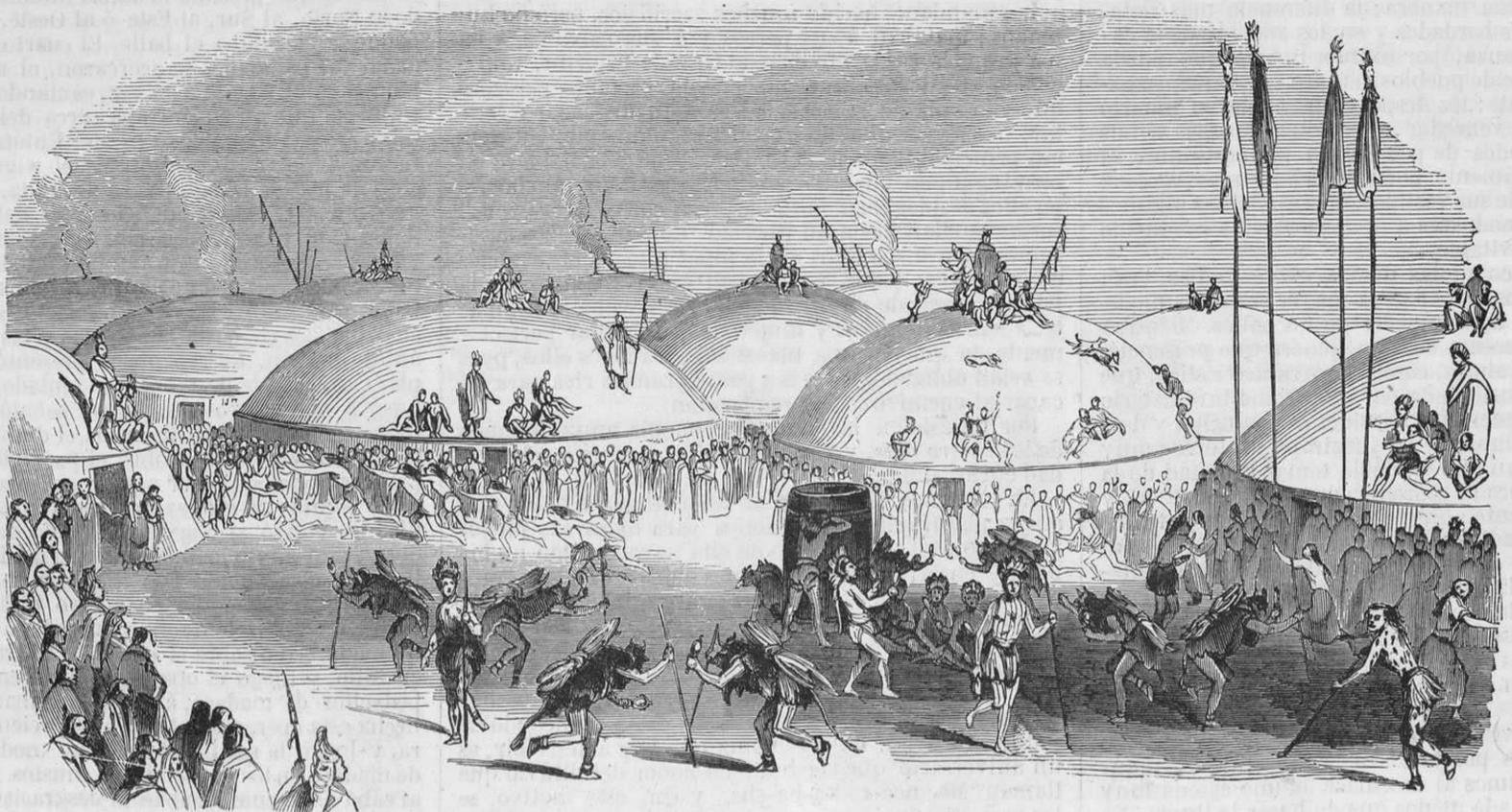
Macana y cuchillo de escalpela.

Capa de piel de bisonte adornada con figuras.

Pipas de tierra con labores.



Vista de las Tres-Cúpulas.



El baile de los búfalos en una aldea.

la luz de antorchas, durante quince noches, en medio de una horrible algazara; es una escena de un efecto terrible. He asistido con los minatareos á una cacería de búfalos, cuyo aspecto general se ve representado en mi dibujo. El búfalo, tal como existe en las llanuras de la América del Norte, difiere del bisonte

del Norte de la Europa y del Asia; es el ruminante mas grueso de la América; el macho pesa hasta 2000 libras y es de un aspecto horroroso sobre sus hom-

bro en forma de joroba, y sobre su cabeza, lleva una negra melena formidable que le cubre la cara, y á veces le llega hasta el suelo. Sus fauces chatas

tienen una enorme abertura; la expresion de sus ojos redondos esterrible, y los cuernos son cortos y abiertos. La hembra es mas pequeña y se distingue



La tribu de los minatareos cazando búfalos.

porque tiene los cuernos mas juntos. Los búfalos andan en rebaños numerosos y atraviesan las vastas llanuras de la América del Norte al Sur, y del Este al Oeste. Por la direccion que toman de un punto á otro se concibe que las tribus indias se vean expuestas á estar privadas de caza durante mucho tiempo, y por consiguiente de alimento.

Cuando yo llegué, los minatareos estaban en ese caso. Sus vigías no señalaban el paso de ningun rebaño, hasta que al cabo descubrieron uno; en un instante todo el mundo estuvo armado y á caballo. El jefe me convidó á la caza, y nos pusimos en camino. En efecto, no tardamos en descubrir á lo léjos un rebaño que parecia en la pradera; segun la costumbre, se dividieron en dos bandas los cazadores y tomaron direcciones opuestas acercándose gradualmente al rebaño hasta la distancia de una fmilla; entónces las dos columnas se juntaron formando un círculo inmenso. Los búfalos echaron á correr en desórden, pero en lugar de encontrar una salida, hallaban una nube de flechas enemigas. Bien luego principió la pelea, y entónces pude admirar la sangre fria y la destreza de aquellos indios en la batalla peligrosa, que empeñaron; los

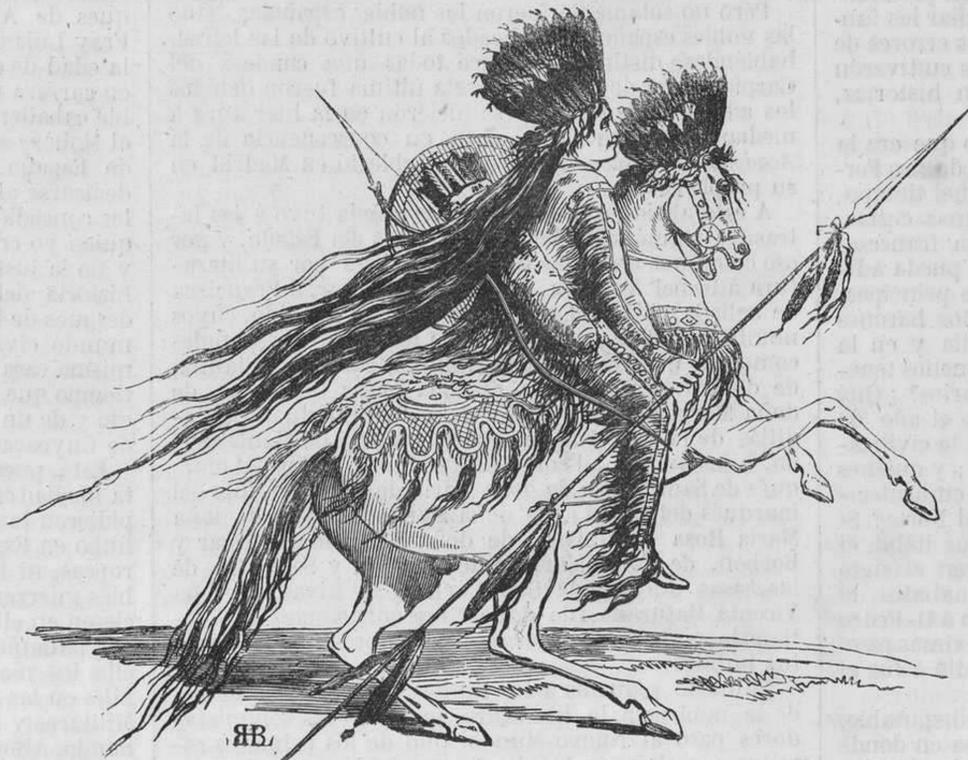
búfalos mataban caballos y hombres en un soplo; vi algunos indios desmontados que para salvarse saltaban sobre los búfalos. Todo el rebaño quedó destrui-

Despues de la caza, los minatareos se reunieron en consejo, fumaron en accion de gracias al Grande-Espíritu, y se volvieron á la aldea, quedando las víctimas abandonadas á las mujeres encargadas de preparar las carnes y las pieles.

Además de estas grandes cacerías, los indios atacan tambien á los búfalos por sorpresa cubriéndose con una piel de lobo y arrastrándose á cuatro piés hasta llegar en frente de su presa. Los búfalos, sea por terror ó por confianza en sus propias fuerzas, no huyen, y se ponen en actitud de defenderse con sus cuernos. Los indios con piel de lobo van armados de arcos y buenas flechas, y cuando están á tiro, el búfalo no tiene tiempo para huir ni para defenderse. Los indios se dan mucha maña para imitar al lobo en sus movimientos. Sin embargo, esta caza no es tan fructuosa como la otra.

Los indios desdeñan matar á los antilopes y solo lo hacen cuando necesitan sus pieles para vestirse. Para ello se valen de una estratagemata. El antilope es un gracioso animal muy descon-

fiado, que evita el contacto con el hombre, pero al mismo tiempo es muy curioso, y aquí está el recurso de los indios.



Jefe crow á caballo.

do; algunos que pudieron escaparse fueron perseguidos y sucumbieron como los otros. El suelo estaba cubierto de centenares de búfalos.

fiado, que evita el contacto con el hombre, pero al mismo tiempo es muy curioso, y aquí está el recurso de los indios.

fiado, que evita el contacto con el hombre, pero al mismo tiempo es muy curioso, y aquí está el recurso de los indios.



Caza de búfalos por sorpresa.



Operacion del escalpelo.

Cuando quieren matar á un antilope, se tienden sobre la yerba, y ponen un pedazo de paño encarnado ó de otro color sobre un palo clavado en el suelo. Así

están seguros de que se acerque un rebaño de antilopes en fila para examinar el objeto que llama su atencion, y entónces el cazador emboscado lanza su flecha sobre

el pobre animal, y le mata infaliblemente, gracias á su buena punteria.

X. M.

Cuestiones críticas literarias. (1)

PRIMERA CUESTION.

¿Qué es lo que deben la literatura y las ciencias en España á la nobleza española?

Si creemos á un gran número de escritores franceses, ingleses y alemanes, la nobleza española ha sido y es la que ménos se ha dedicado al cultivo de las letras y al estudio de las ciencias; y si nos atenemos al testimonio de ciertos autores españoles, convendremos en que los extranjeros han tenido alguna razon en que apoyar su triste fallo. Afortunadamente la verdad ó falsedad de esta opinion, es de aquellas cosas que se averiguan por la historia, y que no pueden ser desnaturalizadas por el diverso modo de opinar de las gentes. Veamos, pues, lo que nos dice la historia de los siglos, desde que hay historiadores en Europa.

Mas ántes de entrar en esta averiguacion, conviene aclarar un hecho sentado por uno de los literatos españoles de mas crédito, que no parece á primera vista muy favorable á la cultura de la nobleza de su nacion. Podrán creer que esta nobleza fué mas ruda y mas bárbara que ninguna otra, los que entiendan que los nobles españoles se ocuparon exclusivamente en el ejercicio de las armas, apoyándose en lo que dice el académico D. Eugenio de Tapia en su discurso sobre la decadencia del imperio musulman en España:

« La nobleza se dedicaba solo al arte de la guerra, y en este no cabe duda que se adelantó mucho, cuando pudo resistir á todo el poder de los árabes y africanos en los tiempos de su mayor pujanza. El pueblo cristiano se ejercitaba en la labranza y la ganadería, y en las demás artes necesarias para proporcionarse medios de subsistencia; de manera que solamente los monjes, clérigos y obispos se dedicaban al cultivo de las letras. Natural era que estos se diesen con preferencia á los estudios eclesiásticos para desempeñar las funciones propias de su ministerio y rebatir los errores de la secta musulmana. Sin embargo algunos cultivaron tambien las letras humanas, y nos dejaron historias, aunque incultas, de aquellos tiempos.»

Todo esto es muy cierto, refiriéndose á lo que era la nobleza española en los siglos anteriores al de san Fernando y al de Alfonso el Sabio. Pero en aquel tiempo, siete y ocho siglos há, ¿eran por ventura mas cultas, ó ménos bárbaras la nobleza alemana, y la francesa, y la italiana, y la inglesa? Díganos el que pueda adivinarlo, ¿cómo se llamaron los reyes, los príncipes, los duques, los marqueses, los condes y los barones que hubo en Alemania, en Francia, en Italia y en la Gran-Bretaña, que se inmortalizaron en aquellos tenebrosos tiempos por sus conocimientos literarios? ¿Qué eran los grandes señores de toda Europa el año de 1217? ¿De dónde se difundieron á toda esta la civilizacion, las artes y las ciencias, sino del Africa; y quiénes sino los árabes, civilizaron á los europeos, embrutecidos con la dominacion de los bárbaros del Norte? Si esto no es así, dígame cual fué el político mas hábil, el estadista mas liberal que hubo en Europa en el siglo XIV, si no se conceden estas cualidades á Benahatin, el rey moro de Granada, aquel que aconsejaba á D. Pedro el Cruel que gobernase segun las sabias máximas recomendadas en aquellas célebres cartas que dió á luz el cronista D. Pedro Lopez de Ayala.

Yo creo que si hay un hecho histórico indisputable, es el de haber sido España el país de Europa en donde comenzó la civilizacion mas temprano; en donde hizo mas rápidos progresos, y en donde hubo una nobleza mas dedicada á las letras, sin perjuicio de emplear en la profesion de las armas todo el tiempo que exigian las necesidades del Estado. D. Alfonso el Sabio de Castilla y D. Jaime I de Aragon, en la misma época, es

(1) Nuestro distinguido colaborador el señor D. J. M. Torres Caicedo nos ha dirigido, con el artículo del señor Yrisarri, la siguiente carta:

Señores Redactores de la Parte Literaria ilustrada del Correo de Ultramar.

« Acompaño á Vds. para su publicacion en las columnas de su Revista, una produccion inédita del señor D. Antonio José de Yrisarri. El autor de las « Cuestiones críticas literarias » es uno de los escritores mas eminentes de la América española, y cuya reputacion literaria está tan bien cimentada como la de los señores Juan Garcia del Rio, Bello, Olmedo, Lustarria, Caro, Alaman, etc.

« El señor de Yrisarri se distingue por la pureza de su diction, por lo acabado de sus periodos, por la lógica de sus argumentos, y por la sal verdaderamente ática con que sazona todas sus producciones; por lo cual se le ha llamado por otro distinguido escritor — el Cervantes de la América. El señor de Yrisarri ha recibido fuertes ataques por algunas de sus opiniones políticas, pero hasta ahora ninguno le ha contestado su mérito literario. Así que, los suscritores á su Revista de Vds., tanto de la Península como de los países americanos, se considerarán muy halagados con el obsequio que Vds. les hacen dándoles en sus columnas uno de los últimos trabajos del célebre literato del Centro-América.

« Espero poder dar á Vds. bien pronto unos apuntes biográficos de este distinguido sugeto, residente en Nueva-York. — El señor de Yrisarri se prepara, segun entendemos, á hacer una coleccion completa de sus obras, entre las cuales hay muchas piezas inéditas, que pueden campear al lado de las mejores producciones de la literatura española.

« Soy de Vds. atento S. Q. B. S. M.

» J. M. TORRES CAICEDO. »

decir, á principios del siglo decimotercio, fueron los reyes de Europa mas ilustrados y mas amigos de las ciencias, no solo protectores de las letras, sino cultivadores de ellas; y es de recordar que no se empleaban estos reyes en tales estudios porque les faltase que hacer con los moros, sobre quienes alcanzaron victorias importantísimas, habiendo dado al aragonés las suyas el renombre de Conquistador.

Desde aquella época casi no hallamos en la historia de España sino nombres de grandes señores entre los historiadores, entre los políticos y entre los poetas de la nacion. Don Juan el segundo fué el protector de los literatos de su tiempo, y Felipe IV, no solo protegió á los del suyo, sino que fué él mismo un poeta. Entre los príncipes de sangre real debemos hacer particular mencion del infante D. Juan Manuel, del marqués de Villena, descendiente de los reyes de Aragon y de Castilla, del príncipe D. Carlos de Viana, y del infante D. Gabriel, que dejaron testimonios de su erudicion en sus escritos.

Literatos fueron en sus respectivas épocas el almirante de Castilla, descendiente del Cid, el marqués de Santillana, del mismo origen, el condestable D. Alvaro de Luna, el señor de Salvatierra D. Pedro Lopez de Ayala, mosen Diego de Valera, el príncipe de Esquilache, los duques de Alba, de Alburquerque, de Aliaga, de Almodóvar, de Arjona, de Castro, de Medinasidonia, de Frias y de Rivas; los marqueses de Astorga, de Casa Cagigal, del Espinar, de la Ensenada, de Mondéjar, de Palacios, de San Felice, de San Felipe, de San Juan, de Santa Cruz, de Santillana, de Ureña, de los Veles, de Villafranca, y de Villena; los condes de Aranda, de Atares, de Benavente, de Campo Alange, de Campománes, de Castro, de Clavijo, de Coruña, de Fera, de Florida Blanca, de Haro, de la Cañada, de las Almunias, de Noroña, de Otiva, de Paredes, de Pilo, de Plasencia, de Revollo, de Rivadeo, de la Roca, de Salduña, de Tendilla, de Torneo, de Torrepalma, de Villamediana y el vizconde de Altamira.

Pero no solamente fueron los nobles españoles, sino las nobles españolas, dedicados al cultivo de las letras, habiéndose distinguido entre todas una condesa del Carpio y una de Lemos. A esta última fueron debidos los adelantamientos que se hicieron en la literatura á mediados del penúltimo siglo, en consecuencia de la Academia del Buen Gusto, que estableció en Madrid en su propia casa.

A esta aficion de la nobleza española tuvo á las letras, se siguió la de las demás clases del Estado, y por eso contamos entre las mujeres célebres por su literatura á Isabel Vergara, á Florencia Pinar, á Francisca de Lebrija, hija del gramático de este apellido, cuyos nombres son tan respetados de los literatos españoles como los de doña Beatriz Galindo, llamada la latina, de doña Luisa Medrano, de doña Juana Contreras, de doña María Pacheco, mujer del célebre D. Juan de Padilla, de la hermana de esta, la condesa de Monteagudo, hijas ambas del conde de Tendilla y nietas del marqués de Santillana; de doña María de Mendoza, hija del marqués del Ceneta, de doña María de Sayas, de doña María Rosa de Galvez, de doña María Josefa Amar y Borbon, de doña Mariana de Carbajal y Saavedra, de las casas ducales de San Carlos y de Rivas, de doña Vicenta Maturana, de doña Gertrúdis Gomez de Avellaneda, y de otras señoras, cuyas obras han visto la luz pública.

Ni quedó reducida á los límites de España la aficion de la nobleza á la literatura, pues con los conquistadores pasó al Nuevo-Mundo. Uno de los primeros escritores mejicanos fué D. Fernando Alvarado Tezozomoc, ó Tezozomoczin, descendiente de Moctezuma, como fué uno de los primeros escritores peruanos el Inca Garcilaso de la Vega, descendiente de la casa ducal de Fera, por su padre, y de la imperial del Perú, por su madre, doña Isabel de Palla, hija del undécimo emperador.

Entre los nobles mejicanos que se han distinguido por su literatura, debemos contar al marqués de San Cristóbal, hijo del conde de Regla, á D. José Gomez de la Cortina, hijo del último conde de este título, á D. Miguel de Lardizabal y Uribe, que ha hecho en Madrid y en Cádiz un papel distinguido; á los jesuitas Clavigero, Alegre, y Maneiro; á los poetas dramáticos D. Juan Ruiz de Alarcon y D. Manuel Eduardo de Gerostiza, al historiador D. Lucas Alaman, y á la poetisa sor Juana Inés de la Cruz, monja gerónima del siglo XVII, á quien el erudito M. Ticnor, en su *Historia de la literatura española*, hace nacer en Guipúzcoa, con la autoridad del *Semanario Pintoresco*, habiendo esta nacido el 12 de noviembre de 1631 en San Miguel Nepantla, pueblo situado entre Atlixco y los Volcanes. Su padre era vizcaino, natural de Vergara. Antes de ser monja se llamaba doña Inés Asbajé, Ramirez de Santillana; como se ve de la vida de ella escrita por el jesuita Diego Calleja, y por las noticias publicadas por el doctor Beristain en la *biblioteca Hispano-Americana*. Entre los nobles peruanos han sido distinguidos por su literatura D. Pablo Olavide, conde de Pilo, D. José Baquijano, conde de Vista Florida, D. Manuel Pando, D. Felipe Pardo y Aliaga, y otros que seria largo referir. D. José de Aycinena y Carrillo, hijo del marqués de Aycinena, de Guatemala, consejero de Estado en España al mismo tiempo que D. Joaquin de Mósquera y Figueroa, natural de Popayan, se hicieron recomendables en la corte por sus conocimientos en la jurisprudencia, dando con esto el mejor testimonio de que en todas partes del Nuevo-Mundo la nobleza española fué siempre dedicada á las letras, y de que esta dedicacion abría á

todos el camino á los destinos mas honoríficos de la monarquía, digan hoy lo que quieran los amigos de las nuevas cosas.

Muchos grandes de España que no fueron escritores, nos dejaron pruebas de su amor á las letras en el patrocinio que concedieron á los literatos de su tiempo. Entre estos debemos contar al conde duque de Olivares, protector de Rioja y de Lope de Vega; á los duques de Alba y de Sesá que favorecieron al mismo fecundísimo poeta dramático; al duque de Villahermosa y al conde de Lemos que auxiliaron poderosamente á los dos hermanos Argensolas; habiendo sido el último de estos magnates aquel á quien Cervantes, el autor inmortal del Quijote, debió mayores socorros, segun el mismo autor lo declaró en el prólogo de la segunda parte de la vida del *Ingenioso Hidalgo*: « En Nápoles tengo al gran conde de Lemos, que sin tantos titulos de colegios ni rectorías me sustenta, y hace mas merced que la que yo acierto á desear. » Y aunque yo creo que el generoso Cervantes fué toda su vida mas agradecido, que suficientemente socorrido, y aunque bien se puede dudar que no acertase á desear mas merced aquel de quien se dice que murió de miseria en un hospital, no por esto debemos dejar de creer que hizo grandes servicios aquel señor al mas célebre de los escritores españoles. Pudo tal vez consistir la desgracia de este en que no alcanzasen las facultades de su protector á sacar al protegido del profundo abismo de la pobreza, teniendo como tuvo aquel buen conde muchos á quienes favorecer. Dejemos, pues, al conde de Lemos con la espléndida recomendacion que le hace el escritor mas famoso que han producido los últimos siglos, y no tratemos nosotros de saber mas que Cervantes en aquello que él debia conocer mejor que nadie. Continuemos recordando que el duque de Lerma y el marqués de Siete Iglesias favorecieron á Góngora, como favoreció el duque de Osuna á Quevedo cuando este célebre escritor fué perseguido por la desgracia. D. Juan de Iriarte debió toda su fortuna y sus destinos á los duques de Alba y de Sesá, y al marqués de Villarias. Fray Luis de Granada, huérfano de padre y madre á la edad de cinco años, fué sostenido, educado y puesto en carrera por el conde de Tendilla, siendo aquel noble caballero alcaide de la Alhambra. Moratin, el hijo, el Molière español, y Melendez Valdes, el Anacreonte de España, así como otros varios literatos, pudieron dedicarse al cultivo de las musas por la proteccion que les concedió el príncipe de la Paz, aquel hombre á quien yo creo que ha juzgado la parcialidad enemiga y no la justicia imparcial. Finalmente, hallamos en la historia del marqués del Valle, Hernan Cortés, que despues de haber hecho su nombre ilustre en todo el mundo civilizado, fué á Madrid á establecer en su misma casa una Academia de humanidades, al mismo tiempo que disponia la ereccion y dotacion de un colegio y de un hospital á sus propias expensas en su villa de Cuyoacan.

Está, pues, visto, que desde el siglo decimotercio hasta mediados del decimonono, en que estamos, no impidieron las guerras con los moros, ni las civiles que hubo en España, ni las tenidas con otras potencias europeas, ni la conquista del Nuevo-Mundo, que los nobles guerreros españoles se dedicasen á las letras é hiciesen en ellas progresos considerables. Por el contrario, hallamos que á los guerreros de esta nacion debe ella los mayores adelantamientos, y que los mas hábiles en las armas lo fueron en el manejo de la pluma. Militares y literatos fueron al mismo tiempo san Fernando, Alfonso el Sabio, Jaime I, Felipe IV, el infante D. Juan Manuel, el condestable D. Alvaro de Luna, el marqués de Santillana, D. Pedro Lopez de Ayala, D. Diego Hurtado de Mendoza, Garcilaso de la Vega, el poeta D. José Cadalso, el marqués de San Felipe, D. Alonso de Ercilla, Gutiérrez de Cetrera, el conde de Campo Alange, los duques de Frias y de Rivas, y para no contar mas, terminaremos el catálogo con el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra.

En cuanto á este conviene saber que no solo era militar y literato, sino de una de las mas nobles familias del reino de Galicia: lo que no creará el que solo haya leído el elogio que hizo de este eminente escritor D. José Mor de Fuentes. Pero el académico D. Martin Fernandez de Navarrete en la biografía del mismo Cervantes dice lo siguiente:

« La preclara y nobilísima estirpe de los Cervantes, que desde Galicia se trasladó á Castilla y extendió por ella sus fecundas ramas, ennobleciendo é ilustrando su origen con memorables proezas, con excelentes virtudes y con merecer constantemente el distinguido aprecio y señaladas mercedes de sus soberanos, suena ya en las historias españolas por el espacio de mas de cinco siglos con tal decoro y esplendor, que segun decia el erudito marqués de Mondéjar, no tiene que envidiar origen á ninguna de las mas esclarecidas de Europa. »

Antes de pasar adelante en la relacion de lo que deben las ciencias y las letras á la nobleza española, debemos recordar que el duque de Osuna, D. Pedro Tellez Giron, se hizo célebre en su tiempo por la tenaz y enérgica oposicion que hizo al establecimiento de la inquisicion en España y á la expulsion de los moros; conociendo que aquella traia en pos de sí la esclavitud de las letras, y esta el empobrecimiento de la nacion y la decadencia de las artes. Si el dictámen de este sabio estadista hubiera prevalecido, no se habria cebado como se cebó, la ignorante rabia de los inquisidores en tanto ilustre escritor como Juan de Avila, el arzobispo de Toledo, Carranza, San Juan de la Cruz, Fr. Luis de Granada, el padre Isla, Fr. Luis de Leon, Juan de Ma-

riana, D. Pablo Olavide, Antonio Perez, Sanchez y santa Teresa de Jesus. Pero ni esta misma persecucion, ni el temor que debia infundir el poder absoluto de aquel bárbaro tribunal, ni la absoluta ingenuidad que tenían los escritores, pudieron hacer que dejasen de producir en España las mejores obras en todo género, de que goza la literatura española. Bajo el imperio de aquella hidra tremebunda se escribió el Quijote, el Fr. Gerundio de Campazas, las obras de Quevedo, las de los clásicos citados arriba y todas las que se compusieron desde fines del siglo decimoquinto hasta principios del presente. Pero es muy de suponerse que sin la rémora que ponía el terrible tribunal á los escritores de estos tres últimos siglos, la literatura española hubiera llegado al mas alto grado de perfeccion. Cuando los santos mismos, los mas ascéticos y ortodoxos no acertaban á escapar de las garras del *santo* tribunal, ¿cómo podrían esperar los pecadores no resbalar y no caer en la peligrosa palestra de la imprenta? Preciso era, en verdad, tener una excesiva afición á las letras para dedicarse á ellas en un tiempo en que el sabio no podía ménos de desdecirse de una verdad evidente, como lo hizo Galileo, para no ser llevado á la hoguera, y cuando el desdecirse no servía de mas que de conservar la vida, pues en la opinion del pueblo quedaba deshonorado el que una vez entraba en las cárceles del tribunal de la fe.

Si no hubo, pues, en ninguno de estos tres últimos siglos tantos poetas líricos como en el anterior, que contó ciento treinta y seis de ellos, no debemos atribuirlo á otra causa que á la que acabamos de exponer; porque es bien exacta la observacion de Bonterwek sobre este gran número de poetas líricos, producidos en una sola nacion durante un siglo.

« Una nacion, dice este crítico alemán, que puede contar ciento treinta y seis poetas líricos en un siglo, y que á mas de esto, posee un gran número de poemas anónimos del mismo género y del mismo tiempo, está sin duda alguna dotada de un genio verdaderamente poético. »

Volvamos á ver qué parte ha tenido la nobleza española en la literatura y en la civilizacion de la monarquía. Es un hecho incontrovertible que de las mas nobles familias de ella salieron sus legisladores, sus poetas líricos, dramáticos, épicos, fabulistas; sus novelistas, sus políticos, sus estadistas, sus oradores sagrados y sus historiadores. Entre estos están Alfonso X, Jaime I, el príncipe de Viana, el infante D. Juan Manuel, el infante D. Gabriel, el señor de Salvatierra D. Pedro Lopez de Ayala, el señor de Batres Fernan Perez de Guzman, mosen Diego de Valera, el comendador mayor de Alcántara D. Luis de Avila y Zúñiga, Pedro Mejía, ilustre sevillano, D. Diego Hurtado de Mendoza, hijo del conde de Tendilla y de una hija del duque de Escalona, D. Francisco de Moncada, noble valenciano, los marqueses del Espinar y de San Felipe, y en fin, el conde de Toreno.

Entre nuestros poetas, ya épicos, ya cómicos, ya trágicos, merecen mencionarse el rey Felipe IV, los duques de Aliaga, de Medinasidonia y de Rivas, los marqueses de Casa Cagigal, de Palacios, de San Felice, de San Juan y de Ureña, los condes de Atares, de Clavijo, de Pilo, de Salduña, de las Torres y la condesa del Carpio. Entre los líricos se distinguieron el ya citado varias veces infante D. Juan Manuel, los marqueses de Villena y Santillana, el conde de Paredes y su hijo D. Jorge Manrique, el duque de Arjona, el almirante de Castilla Henriquez, el príncipe de Esquilache, los condes de Noroña, de Torrepalma, de Revollo, de Villamediana, y el vizconde de Altamira. Es muy de notarse que al mismo tiempo los tres fabulistas españoles de gran genio son originarios de las provincias Vascongadas, D. Tomás de Iriarte, D. Pablo Xérica y D. Félix Maria de Samaniego, señor de las cinco villas de Arzobispo. Entre los novelistas mas famosos contamos al infante D. Juan Manuel, á doña Mariana de Carbajal y Saavedra de las casas ducales de San Carlos y de Rivas, á D. Diego Hurtado de Mendoza y á doña María de Sayas. Entre los políticos tenemos el camarista de Indias, D. Diego de Saavedra, el marqués de la Ensenada, á los condes de Aranda, de Campomanes, de la Cañada, de Florida Blanca, á D. Antonio de Guevara de la antigua casa de los señores de Escalante, á Ansias ó Agustin March, de noble origen catalán, y á otros muchos nobles personajes de los últimos siglos pasados y del que va corriendo.

Debemos no olvidar jamás que la versificación española ha debido toda su perfeccion á Boscan y á Garcilaso, que fueron los introductores del endecasílabo; siendo bien sabido que el primero de estos era de una noble familia catalana, y el segundo descendía de la ilustrísima casa que hemos dicho arriba. Fray Luis de Leon y Valera fué de la noble estirpe de los Ponce de Leon y de los Valeras de Cuenca; D. Juan de Arguijo, caballero veinticuatro de Sevilla; D. Francisco de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad; D. Alonso de Ercilla, D. José Cadalso, los Argensolas, D. Ignacio de Luzan, D. Gaspar Melchor de Jovellanos, y casi todos los buenos versificadores del último siglo pasado, han sido de familias distinguidísimas.

La oratoria sagrada fué llevada á la perfeccion en que estuvo en los siglos XIV y XV por el venerable Juan de Avila, de una familia distinguida y rica de Toledo, por fray Luis de Granada, de la noble familia de los Sarrias de Galicia, por San Juan de la Cruz de los Yeses de Hontiveros, por santa Teresa de Jesus, que fué antes de hacerse monja doña Teresa de Cepeda y Ahumada, de noble origen de Avila, en Castilla

la Vieja; por fray Diego de Estella, de los Ballesteros y Cruzates de Navarra; por fray Pedro Malon de Chaide, de distinguida familia del mismo reino, y por fray José de Sigüenza y fray Juan Marques, ambos de noble origen castellano.

Ahora conviene observar que cuando floreció Fray Luis de Granada, la nacion que se ha llamado la mas culta de Europa, la Francia tenía unos oradores sagrados, del temple de fray Gerundio de Campazas, segun lo confiesan los mismos franceses. Bourdaloue fué el ilustrador y el reformador de la elocuencia sagrada en aquella gran nacion, pero este grande hombre no nació sino en 1632, ciento veintiocho años despues que Granada, y murió en 1742, ciento cincuenta y cuatro años despues que el otro. Visto es, pues, por estas fechas que España se adelantó siglo y medio á Francia en la oratoria sagrada; y como que es verdad que esta nacion produjo un Bossuet en 1627, un Flechier el mismo año en que nació Bourdaloue, un Fenelon en 1651, y un Massillon en 1663, todo esto no quita á España la ventaja de haber producido 128 años antes que Francia al primero entre los europeos que se distinguió en la sagrada elocuencia; y no entremos ahora á comparar obras con obras, pues siglo y medio de anterioridad en aquellos tiempos, es preciso que dé un infinito mérito al que no tuvo á quien imitar. Lo mismo que con respecto á Granada hay que observar en el padre Estella, nacido en 1524, en fray Diego de Yepes, cinco años mas joven que Estella, en Malon de Chaide, que vió la luz en 1530, en San Juan de la Cruz, que vino al mundo en 1542, en Sigüenza, tres años ménos antiguo que el anterior, en Marquez solo diez y nueve años mas moderno que Sigüenza. Finalmente observaremos que el padre Isla nació un año despues de muerto Bourdaloue, y la verdad es, que si el jesuita de Francia conocia á fondo la oratoria sagrada, era tambien maestro en ella el jesuita español, y que sabia este de historia y de literatura nacional y extranjera lo que muy pocos en su tiempo. No haremos, pues, ningun agravio al predicador de Luis XIV, si decimos que el padre Isla lució mas que el otro en la variedad de los talentos; que si aquel predicaba bien, este sabia hacerlo del mismo modo, y criticaba con acierto y satirizaba con una gracia inimitable, reuniendo tres talentos ó dones naturales, que rarísimas veces se hallan en un hombre.

Otra observacion importantísima que hay que hacer á los que tachan á la nobleza española de atrasada en cultura, es la siguiente. El infante D. Juan Manuel escribió su *Conde de Lucanor* á principios del siglo XIV, cuando ningun príncipe, ni ningun noble francés, ni inglés, ni alemán, ni italiano habia producido cosa de importancia. Montaigne, el ensayista francés nació 186 años despues de muerto el infante D. Juan Manuel; y en verdad que no hay ménos originalidad, ni ménos gracia, ni ménos saber sobre ninguna materia en el *Conde de Lucanor* que en los *Ensayos* del noble francés. Si los italianos nos citan á un príncipe de la Concordia, Juan Pico de la Mirandola, llamado *el fenix*, podemos decirles que no renació de las cenizas del italiano el español, sino al contrario, porque Mirandola nació 116 años despues de nuestro D. Juan Manuel; y en fin, que nosotros, ni ningun mortal, podemos adivinar hasta donde habia llegado el saber del infante de España, si como el príncipe de la Concordia, se hubiera dedicado exclusivamente á las letras, y no hubiese empleado la mayor parte de su vida en los difíciles y urgentes negocios de la guerra, de la política y del gobierno. Los ingleses nos citarán á su célebre baron de Verulamio, Francisco Bacon; pero este reformador de la filosofía nació cuando ya tenía la tierra en su seno las cenizas de D. Juan Manuel, por el espacio de doscientos catorce años. Yo no sé si los alemanes tienen algun archiduque, ó algun príncipe desconocido de nosotros, que puede oponerse al sobrino de Alfonso el Sabio, y padre del marqués de Villena; ni sé cual fuese el emperador de Austria que tuviese algun título para disputar la supremacia en el saber al tío de D. Juan Manuel, como hubo quien se la disputase al imperio. En fin, yo confieso que no tengo noticias de los duques, de los marqueses, de los condes y de los barones del sacro romano imperio que se hicieron célebres por sus escritos, como los españoles, en aquellos remotos tiempos.

Paréceme, pues, que está probado con documentos históricos que la nobleza española, no ha merecido nunca que se la tenga por una de las mas atrasadas en civilizacion y cultura, comparándola con las otras naciones, y que á ella deben las letras los progresos que han hecho en la península de seiscientos años á esta parte; es decir, desde que comenzó el reinado de Alfonso X en 1232. Paréceme tambien que los escritores extranjeros europeos, mas por efecto de mala voluntad que de error de inteligencia, han querido desconocer estos hechos; y paréceme, en fin, que la injusticia de aquellos escritores fué causada por el despecho, no teniendo otro modo de vengarse de las glorias que adquirió España, así en Europa como en América; cuando estas mismas glorias no podían ménos de probar superioridad sobre sus rivales y enemigos. Si los españoles vencieron á los franceses en Pavía, en San Quintin, en las Gravelingas y en otras célebres jornadas, esta serie de triunfos solo prueba que no eran superiores en el arte de la guerra los vencidos á los vencedores, y que si fué España y no Francia, ni Inglaterra, ni ninguna nacion italiana la descubridora de América, el mismo hecho está probando que en aquel tiempo no habia en Europa un gobierno capaz de conocer la posibilidad y la conveniencia de hacer aquel descubrimiento, sino el de Isabel la Católica, ni un monarca tan liberal como aquella reina de

Castilla, que no teniendo dinero del fisco con que costear el viaje de Colon, empuñó sus joyas para no dejar sin efecto aquel proyecto, que los otros soberanos tuvieron por ridículo y absurdo. Pero si toda Europa y todo el mundo ganaron inmensamente con los costos, con los riesgos y con el valor de los españoles; ganancia para la civilizacion universal, para las ciencias todas, para las artes, para cuantos generos de industria se colocan, para el comercio, para la navegacion y para la misma astronomía, la autora de estos beneficios solo recogió baldones é insultos en vez de gratitud.

Consideremos ahora cuál seria el estado del mundo si no hubiese habido en España el año de 1492 una reina como Isabel y unos ministros como los de Castilla tan ilustrados para aquel tiempo, y si se hubiera perdido la ocasion de hallar lo que no se buscaba buscando lo que no debia hallarse. No se halló la India que queria el geógrafo genovés, sino la América, que con mejor razon debió llamarse Colombia, ó Columbia, ó Colonia por el nombre del descubridor; pero se halló la tierra desconocida que aquel sabio aventurero decia que debia encontrarse hacia aquel rumbo. Los nombres poco importan cuando solo debe considerarse la esencia de las cosas. Se buscaba una tierra que debia haber; y en esto no se engañó el descubridor, ni se engañaron los reyes, ni los ministros españoles, como creian ser engañados los ingleses. No sabemos lo que Newton habria pensado del proyecto de Colon, porque este sabio britano nació 150 años despues de haberse conocido mejor la figura de la tierra, y porque no es lo mismo pensar siglo y medio antes que siglo y medio despues. El grande astrónomo del siglo XVII habia sido precedido por el alemán Kepler, por el francés Descartes y por el mismo Galileo, que vinieron al mundo en el siglo XVI, el inmediato á aquel en cuyo fin hizo el genovés su gran descubrimiento. Y no se diga que este se hubiera hecho poco mas tarde, en consecuencia de la perfeccion que ha tenido la marina, porque esta perfeccion ha venido de resultados de aquel descubrimiento, y porque como estuvo el llamado Nuevo-Mundo desconocido del otro por millares de años, teniendo marina y muy numerosa, cerca de tres mil años há, los fenicios y los cartagineses y los griegos y los romanos, pudo estarlo hasta hoy, con la corta navegacion que hubiera podido tener la Gran Bretaña. ¿Debe acaso esta nacion el aumento y las mejoras de su marina á otra causa que al descubrimiento de América? ¿Qué era la marina inglesa en fines del siglo XV? ¿Qué era toda Inglaterra en aquella época?

Debo terminar ya esta revista recordando que tres americanos, tres ciudadanos de los Estados-Unidos, tres republicanos han sido los que mas imparcial justicia han hecho á España, M. Washington Irving, M. William, H. Prescott y M. George Tignor, dando en sus eruditas é interesantísimas obras el mas clásico testimonio de que el verdadero sabio juzga de las naciones y de las cosas sin preocupacion y sin espíritu de partido. *La historia de la literatura española*, escrita por el último de estos tres autores, es la mejor y la mas completa obra que yo conozco sobre la materia; y las otras historias de *Fernando é Isabel*, de la *Conquista de Méjico y del Perú* por M. Prescott, y la *Vida y viajes de Colon* por M. Washington Irving, son los trabajos mas hábilmente desempeñados de cuantos he visto, así por lo que respecta á la imparcialidad como á la juiciosa crítica de los autores. D. Lucas Alamán ha sido otro de los escritores americanos que ha hecho en estos últimos tiempos justicia á España en sus *disertaciones sobre la historia de la república Mejicana*, en donde trata de las cosas con aquel respeto á la verdad que debe hacerlo el filósofo y todo el que escribe con el objeto de ilustrar á los hombres.

Creo que de todo lo expuesto, en lo cual nada hay que no conste de documentos incontrovertibles, se hace evidente que á la cultura, al genio emprendedor y á los esfuerzos de las mas altas clases de España, se deben no solo los progresos que hizo esta nacion en las letras, antes que se hiciesen iguales entre los franceses, ingleses, alemanes é italianos, sino que el mundo entero debe estar reconocido á esta nacion por los beneficios universales que fueron consecuencia de aquella misma superior ilustracion, sin la cual habrian quedado los dos continentes tan desconocidos el uno del otro, quizá hasta hoy, como lo estuvieron hasta que se verificó el viaje de Colon.

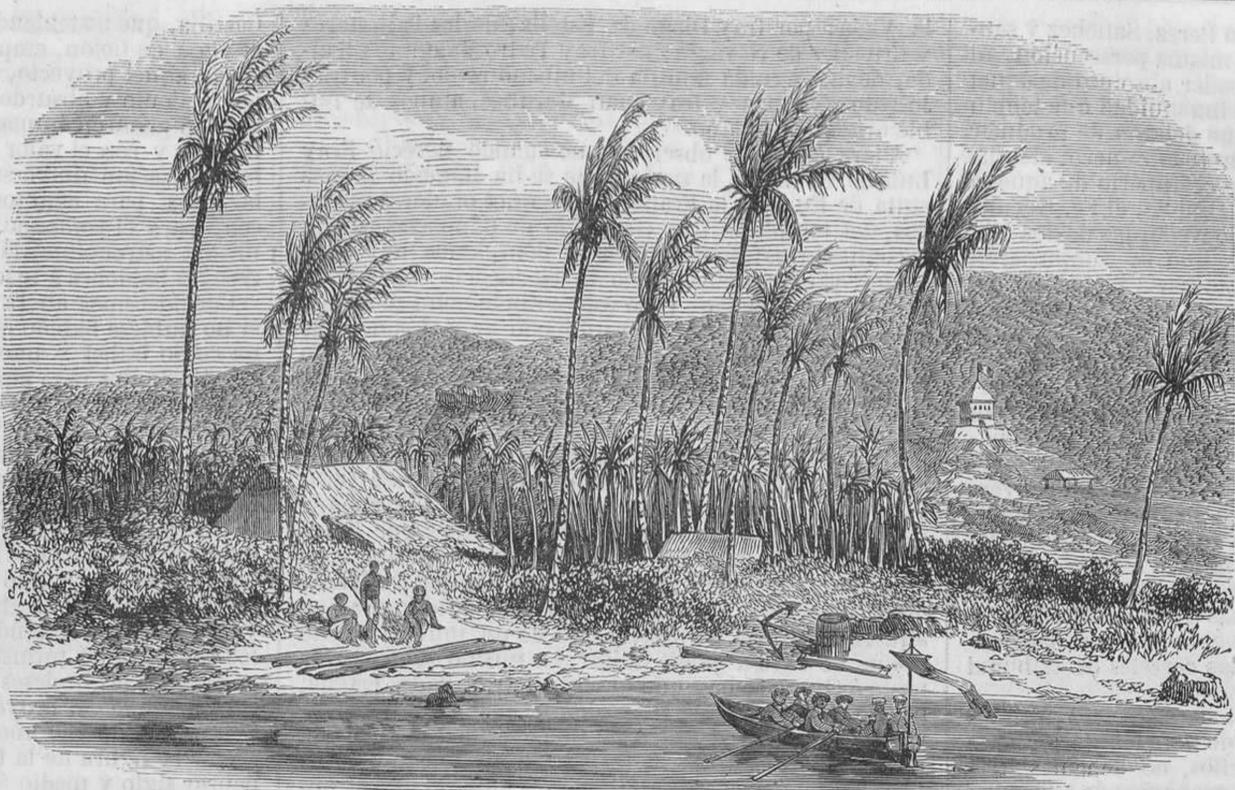
... ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI.

La Nueva-Caledonia. (1)

Sin la menor muestra de interés ó de curiosidad asistimos á un espectáculo análogo al que nos ofrece el principio del siglo XVI cuando Cortés, Pizarro, Sabi, Valdivia y Cabral fueron á crear colonias españolas y portuguesas en el Nuevo-Mundo que el genio de Colon acababa de descubrir. La fuerza de expansion que ha dirigido desde hace tanto tiempo la emigracion europea hacia la América, sin haber perdido nada de su energía, no tiene ya el mismo estímulo; ya no se buscan allí las aventuras, se busca regularmente la fortuna.

(1) Debemos á M. Felix de Lascazas, capitán de la *Croix-du-Sud*, buque que zozobró en enero último en un grupo de islas al Norte de la Nueva-Caledonia, los documentos que nos han servido para la redaccion de este artículo.

El tiempo de los descubrimientos marítimos ha pasado, pero los europeos tienen ahora un campo vasto y nuevo en el océano Pacífico, donde inmensos continentes entrevistos por la primera vez por Cook, Forster, La Perouse, Entrecauxst y otros navegantes del siglo último, esperan aun las instituciones, las costumbres y las artes de la antigua Europa. Hasta hace pocos años, solo la Inglaterra había comprendido la importancia de las posesiones oceánicas bajo el doble aspecto del sistema colonial y de la influencia marítima. Ya sabemos como han prosperado sus colonias de la Nueva-Celandia, de la Diemenia y de la Australia. Los progresos de estos grandes establecimientos, debían alentarla para que se apropiase las mejores comarcas de la Oceania, para desahogo de la población de la metrópoli, por cuyo medio convertía el Pacífico en una mar inglesa. La Francia tenía interés en que no se extendiera una preponderancia tan marcada. La Francia con la ocupación de Taití y de las Marquesas, manifestó que estaba alerta, y la toma de posesión de la Nueva-Caledonia y de la isla de Pinos que se efectuó en setiembre último por el contra-almirante

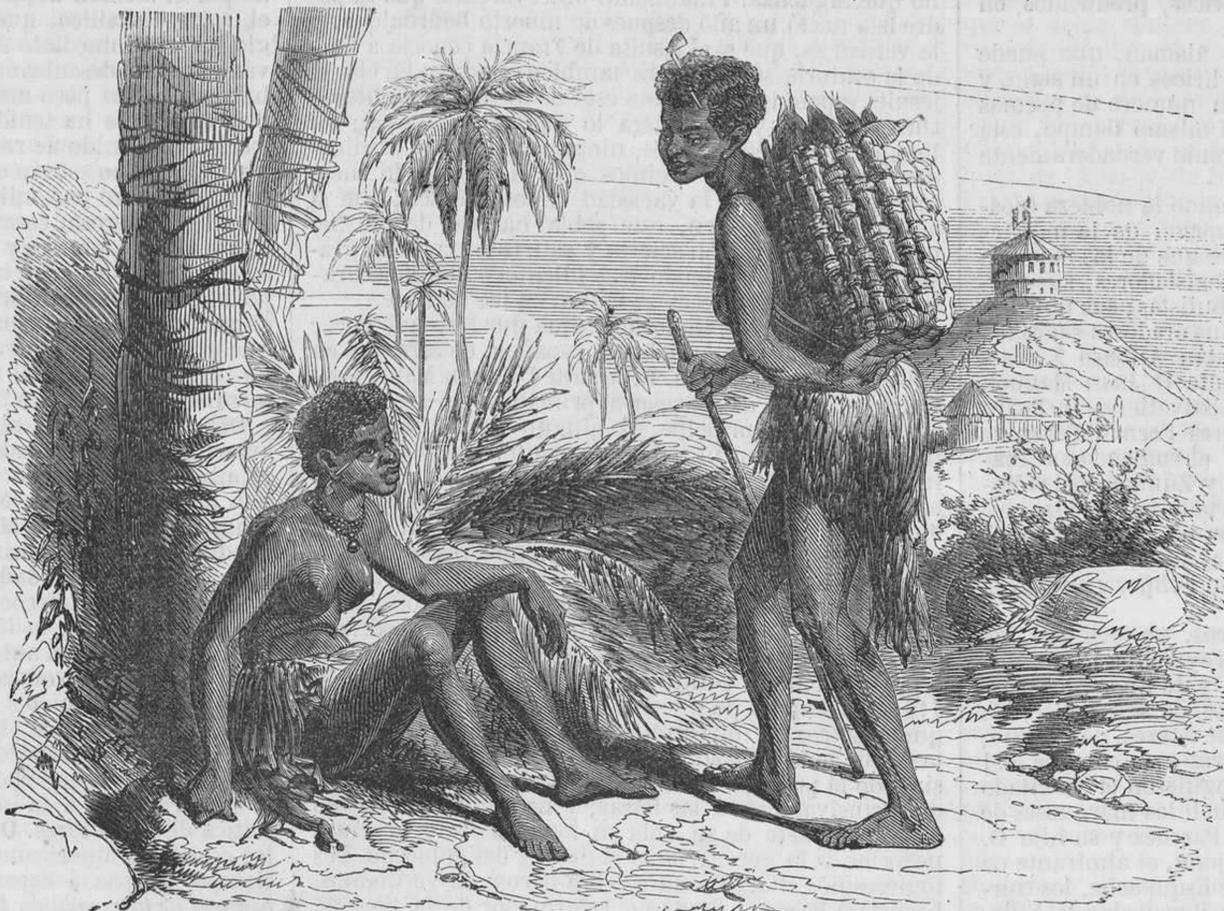


Primer establecimiento francés militar en el puerto de Balada (Nueva-Caledonia).

encuentran en el océano Pacífico, y se diría que es una rama del rastro submarino que continúa la Polinesia occidental, pero difiere mucho de las demás islas de la Oceania por sus accidentes topográficos. Dos cordilleras de montañas elevadas prolongan la isla entera al Este y al Oeste, dejando en medio un valle que no está bien explorado aun, pero que ha parecido el más fértil, y por desgracia el menos poblado y cultivado. El puerto de Balada donde se fundó el principal establecimiento militar francés en la isla, es uno de los mejores centros habitables. Se halla situado al Noroeste, y parece llamado por su posición a adquirir la mayor importancia, á causa de su proximidad del paso del Noroeste, recientemente descubierto á través de los arrecifes, y que permite á los buques el abreviar considerablemente su camino, sea que se dirijan hácia la Australia, ó á la India ó la China atravesando el estrecho de Torres. El puerto de Balada es bueno en los nueve meses del año en que reinan los vientos Sudeste, pero es peligroso en enero, febrero y marzo á causa de los huracanes. Los buques que están en él se retiran en ese período á Kanala, uno de



Buehone, rey de Balada.



Una jóven y una mujer de la triba de Balada.

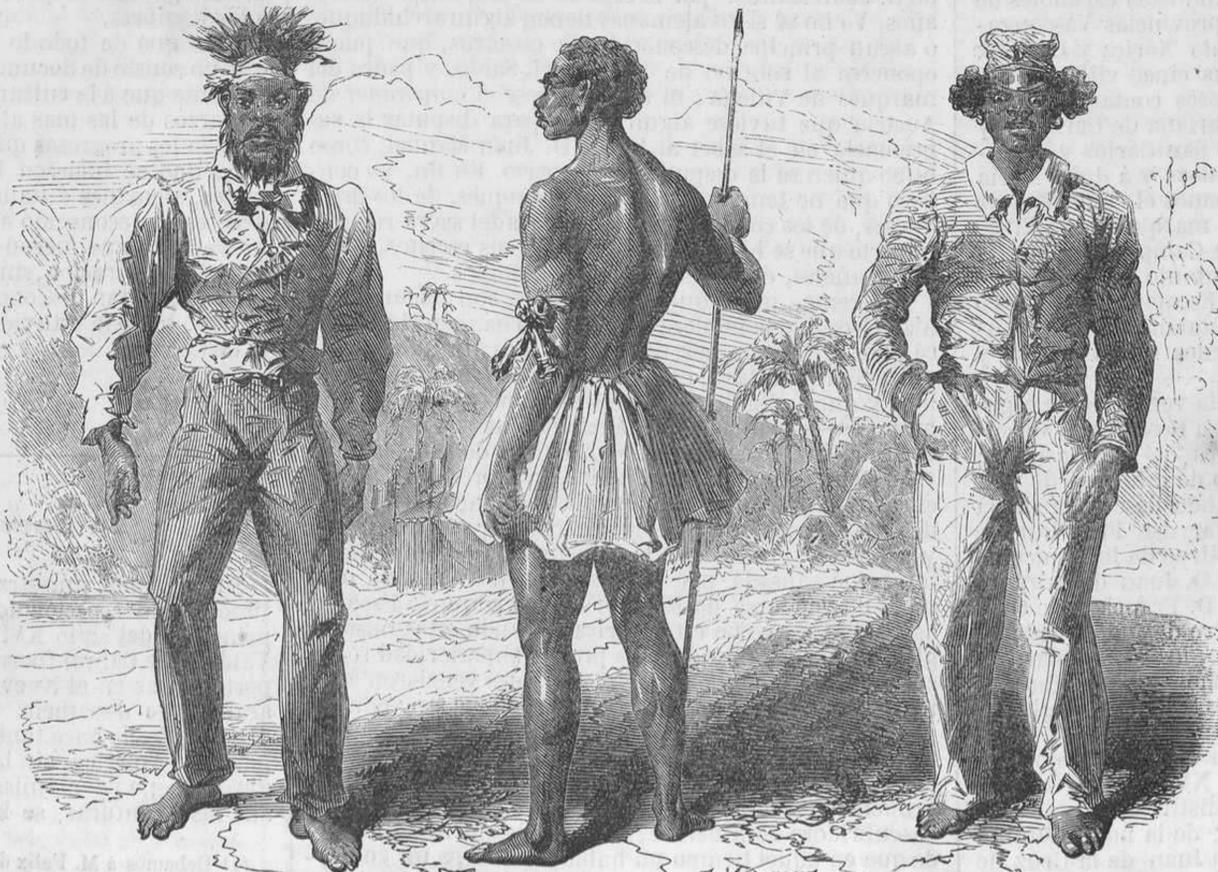


Agapito, hijo adoptivo de Buehone.

rante Fevrier-Despointes, es un indicio de que se reserva una parte activa en la obra de civilización que se prepara para aquellas regiones.

La Nueva-Caledonia donde flota hoy el pabellon francés fué descubierta por el capitán Cook en 1774. Algunos años despues, en 1792, el caballero Bruny de Entrecasteaux enviado en busca de la Perouse que estaba en exploracion por aquellos parajes, llegó á la Nueva-Caledonia, y practicó un reconocimiento en el país. Desde esta época, se han repetido las exploraciones, y todas las relaciones publicadas se hallan contestes en asegurar la profunda barbarie y costumbres atroces de los habitantes antropófagos de la Caledonia. En medio de esas terribles poblaciones, los misioneros tuvieron valor para ir á plantar el estandarte de la fe, con el celo apostólico que les distingue. Al cabo de diez años de persecucion y de martirio lograron implantar en una gran parte de la Nueva-Caledonia la enseñanza cristiana. Gracias á ellos, las costumbres feroces de los habitantes se han dulcificado.

La Nueva-Caledonia es una de las mayores islas que se



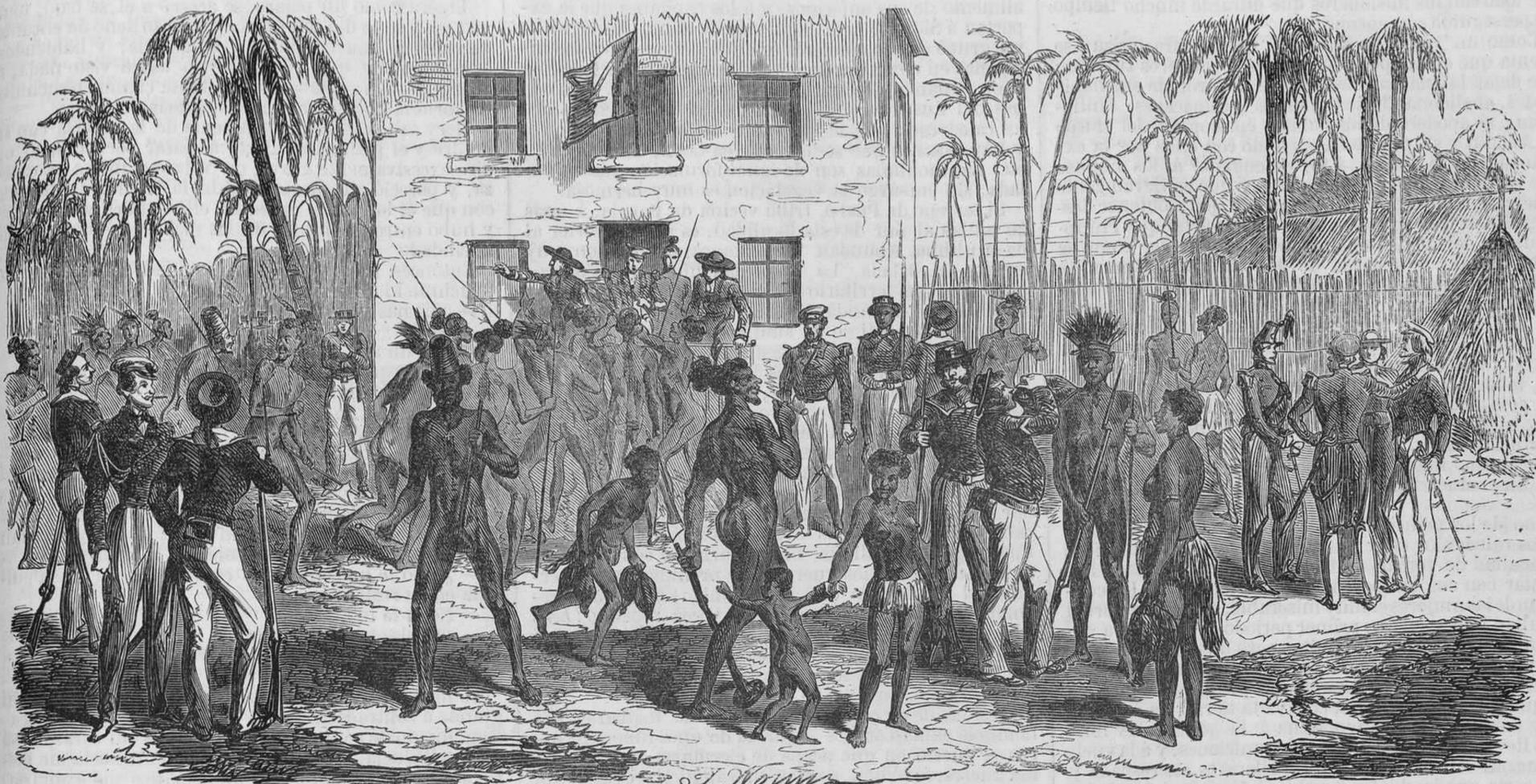
Damauet.

Gendarme indígena.

Tudo

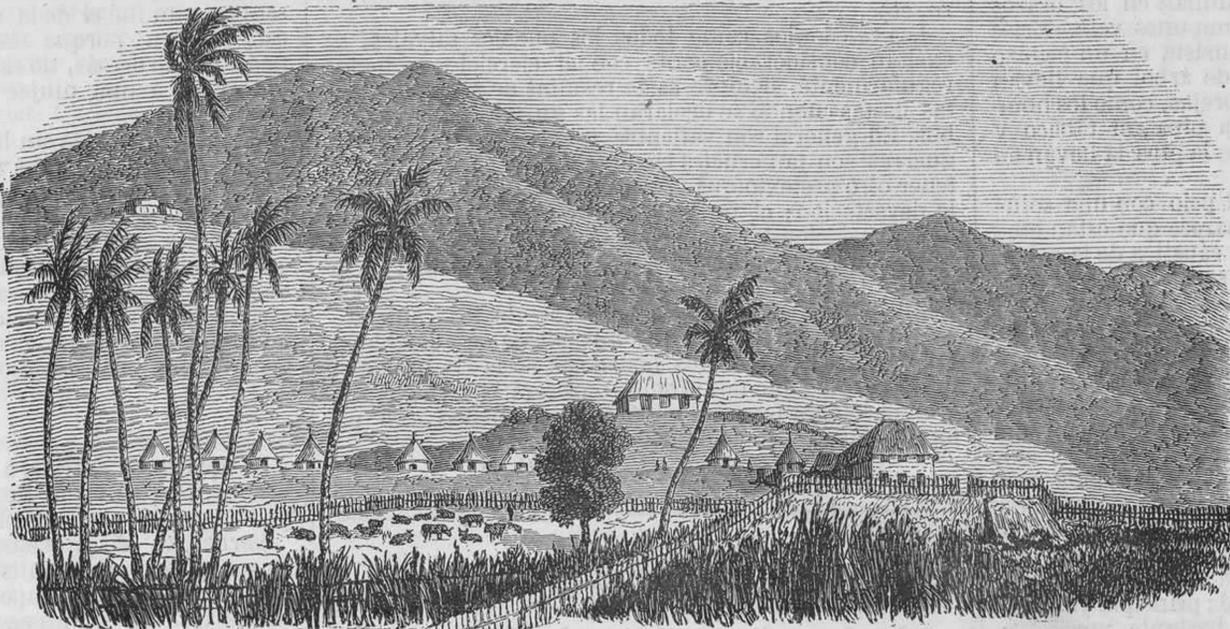
los mejores puertos de la parte Este de la Caledonia.

Las tierras próximas á Balada no son muy productivas. La arena domina por todas partes, y excavando la tierra se encuentran bancos de coral á menos de un metro. No hay tierra vegetal mas que en algunos barrancos que los indígenas cultivan con la caña de azúcar, la batata y el tarco cuya raíz de color de violeta es muy gruesa y muy alimenticia. La inmensa llanura arenosa que se extiende bajo Balada, se halla cubierta de una yerba larga, con hojas cortantes, que les sirve á los indígenas para cubrir sus casas. El árbol llamado *miauli*, el mismo que se conoce en las Indias Orientales con el nombre de *cayputi*, crece en abundancia pero no es bueno como comestible, pues se carboniza al instante sin producir olor. Los naturales emplean su corteza para hacer esteras que ponen regularmente á la entrada de la cabaña del jefe, y para fabricar una especie de gorro que de lejos tiene el aspecto de un sombrero viejo. La playa está cubierta de cocoteros, principal alimento de los habitantes. Las



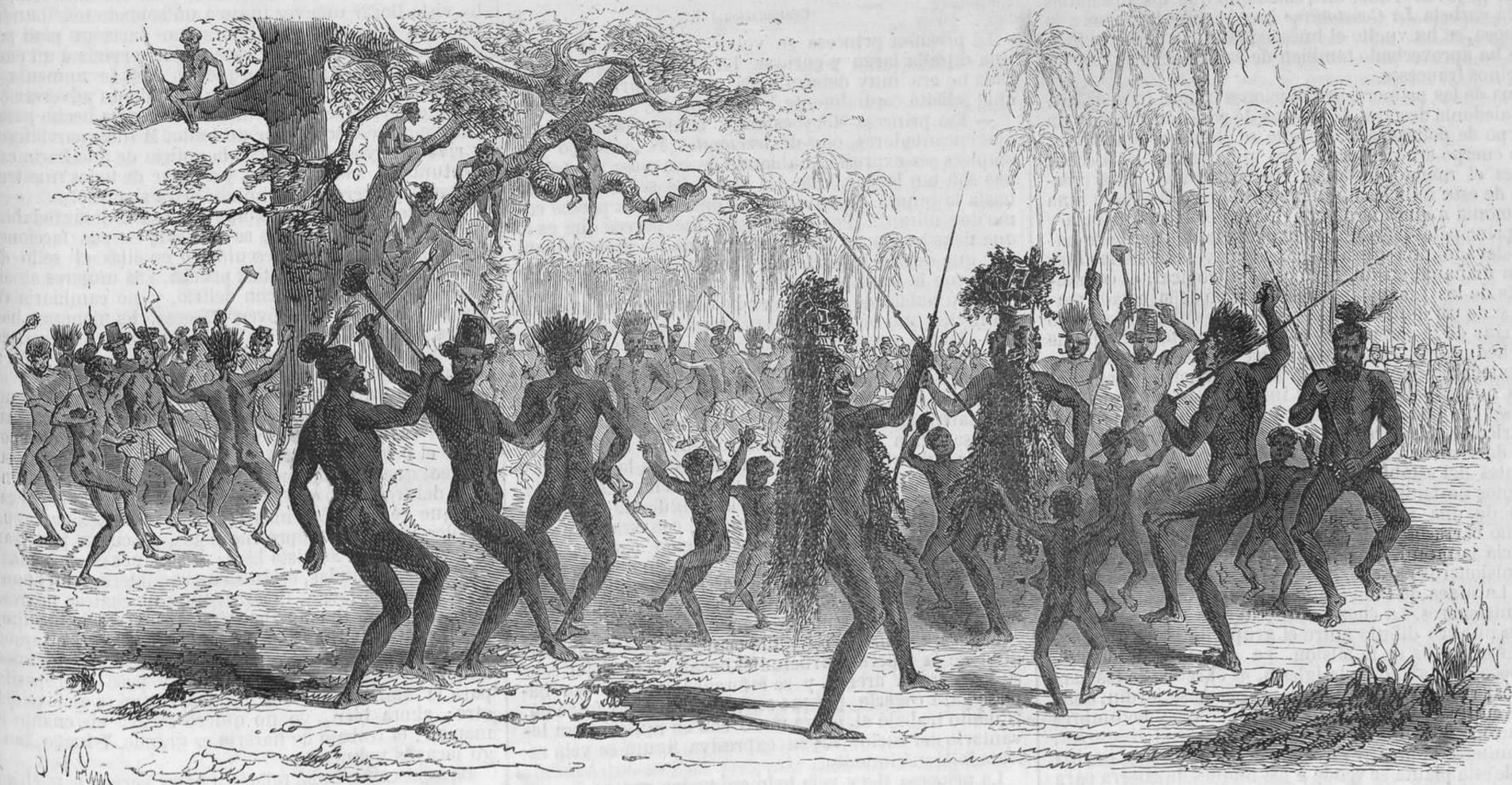
Ceremonia de la inauguración de la bandera francesa en Pueho (Nueva-Caledonia).

montañas de Bálada encierran preciosos minerales, como oro, cobre, plomo, hierro y antimonio. El reino animal se limita á un corto número de especies; solo dos variedades de pichones son notables, una que llaman *puy-buy* y la otra *buaralab*, ambas de un gusto exquisito. El pájaro que mas abunda es el murciélago, siendo de advertir que es muy grande, y que su carne sirve para el alimento de los caledonios, como sus plumas para hacer los cinturones que llevan el rey y los jefes. Los arrecifes abundan en peces y conchas; algunas especies son venenosas y producen una muerte instantánea: el mas terrible de los peces es una especie de sardina rayada de amarillo. La forma de



La aldea de Puié, ó Santa-María,

gobierno de la Nueva-Caledonia es una especie de feudalismo, á cuya cabeza se encuentra un rey hereditario. El jefe actual de Balada es Buehone, que se halla convertido al cristianismo, y que cambió su nombre de Kanaque por el de Philippeaux; habita en la aldea de Puié, hoy Santa-María, y manifiesta mucha adhesión á los franceses; pero seria imprudente fiarse demasiado de ese hombre de un carácter astuto como todos los caledonios. Su influencia en la isla es considerable, y le permite ejercer soberanamente un poder despótico. Además es muy avaro, lo cual unido á sus instintos salvajes, ha hecho muy á menudo que su autoridad sea injusta con sus súbditos, y dura y cruel con los extranjeros. so-



Baile de los indigenas de la Nueva-Caledonia.

bre todo con los misioneros que durante mucho tiempo ha perseguido con encono.

Como un rasgo de la astucia que le caracteriza, se cuenta que en la época en que los misioneros tuvieron que dejar la isla para sustraerse al furor de sus habitantes, abandonando sus plantíos y almacenes, Philippeaux se apoderó de los hábitos episcopales del obispo de Amata, y se paseaba á menudo con ellos por la explanada de la iglesia, á fin de engañar á los buques que estaban á la orilla de Balada, y que enviaran gente á tierra en una engañosa seguridad, para obtener después dinero por su rescate. No hace mucho que Philippeaux ha dejado de ser antropófago, y al ver como se agita cuando se acuerda de sus antiguos festines, se adivina que no están del todo amortiguados sus apetitos. Muestra el mayor respeto aparente por la autoridad militar de los franceses, pero en el fondo mas la teme que la venera, y se obtiene difícilmente que vaya á bordo de los buques, á menos que no le regalen pipas, tabaco ó telas. Philippeaux es de estatura ordinaria, cosa notable en Caledonia, donde los hombres son muy altos. No tiene hijo varón; y como reina allí la institucion sálica, ha adoptado y designado para su sucesor al niño Heusabat, que ha recibido de los misioneros una educacion católica, y el nombre de Agapito.

Uno de los principales obstáculos para la conversion de los caledonios es la poligamia. Todo individuo tiene la facultad de tomar tantas mujeres como puede alimentar con sus campos de batatas y de taro. La condicion de las mujeres es muy miserable; hasta la pubertad se hallan libres; en este primer período de la vida, la caledonia es generalmente bonita, pero una vez casada, y cuando es madre, se pone horrible. La mujer casada tiene que soportar las labores mas penosas. Además de los quehaceres domésticos, cultiva la tierra, va á la pesca, y cuando una tribu marcha á la guerra, las mujeres llevan las provisiones y las municiones, y á la vuelta cargan con el botin. Su cabellera es encrespada y mas corta que la de los hombres. Una de las señales distintivas de la mujer casada, consiste en ciertas vejigillas de la piel, que ellas determinan en los brazos y en los pechos, y que forman como unos vejigatorios permanentes. Su único vestido consiste en un pedazo de tela formado de una corteza de árbol que llevan atada á la cintura. Se taladran las orejas, como los hombres, y en la abertura llevan la pipa, el tabaco y otros objetos, aunque regularmente la pipa la llevan en los cabellos.

Cuando están de luto se tiñen el pelo con una solucion de cal; en los primeros dias parece que están empolvadas, pero en cuanto la accion cáustica de la cal ha producido su efecto, la cabellera se tiñe de una tinta rojiza repugnante.

En general el caledonio es de pocos alcances; sin embargo, los misioneros han encontrado algunos que se prestaban á la comprension de sus santas lecciones. M. de Lascazas cita un caledonio que se sustrajo siempre á la enseñanza religiosa, con lo cual presentó un ejemplo curioso de la viveza de ánimo, que si por excepcion se puede hallar en ellos. Uno de los indigenas mas despiertos del país, muy amigo de la Francia y que iba todos los dias á bordo del *Prony*, ha sido vestido á la europea por los oficiales de este buque, aunque no se le haya podido hacer renunciar al tocado extravagante de su país. Se llama Damalud; principia ya á hablar el francés, que articula con bastante pureza, y aprende lo que se le enseña con una facilidad maravillosa. El jóven Tundo, otro caledonio que los discípulos de la corbeta *La Constantine* han vestido tambien á la europea, se ha vuelto el huésped familiar de ese buque, y se ha aprovechado tambien de sus relaciones con los marinos franceses.

Una de las primeras instituciones que se han dado á la Caledonia despues de la toma de posesion, ha sido un cuerpo de policia indigena que se llama gendarmeria. Este cuerpo era necesario para que comenzara á echar raíces el mando en la isla. La formalidad de la creacion de esta milicia dió lugar en febrero último á una ceremonia á que fueron convidados el rey de Balada y los principales jefes. En la explanada del fuerte se habia elevado una gran tienda empavesada. A las diez de la mañana, en un hermoso dia tropical, el comandante de las fuerzas navales, seguido de su estado mayor y de un destacamento de obreros de artilleria pasó al lugar de la ceremonia. La ribera estaba cubierta de muchedumbre. Despues de una alocucion dirigida á los caledonios, por medio de los misioneros, se entregó á los nuevos gendarmes las insignias de su autoridad, que se componen de un cinturón blanco y de un brazal tricolor. La ceremonia terminó con una distribucion de víveres á los gendarmes y al pueblo.

Antes del establecimiento de los misioneros, los caledonios no tenian habitaciones separadas. Los individuos de una misma tribu vivian confundidos en un mismo barracón comun, especie de faldosterio que favorecia la promiscuidad. Mucho tuvieron que trabajar los misioneros para lograr que se separasen las familias. La aldea de Puié (Santa-Maria) es una creacion de los misioneros. La choza europea mas elevada que se ve en nuestro dibujo entre el grupo de las habitaciones es la iglesia de la Mision. La choza de la derecha, un poco mas abajo de la iglesia, es el retiro de los hermanos; se halla precedida de un hermoso jardín, donde se cultivan con el mayor cuidado flores y legumbres de Europa. Los misioneros hacen cultivar el *arrow-root*, por mujeres pobres, y en beneficio de estas; la harina que de esta planta se vende á los buques de guerra para

alimento de sus enfermos, y á los capitanes que la exportan á Sidney. A la izquierda de Santa-Maria se ve un grupo de cococeteros que fué plantado por los indigenas en conmemoracion del desembarco del capitán Cook, cuando descubrió la Nueva-Caledonia. El nombre del ilustre viajero se ha hecho tan célebre entre los caledonios, que se ha vuelto nombre patronímico, y hay muchos que se llaman Tea-Cook, Mahom-Cook, etc. Las montañas son de igual formacion que en Balada; sin embargo la vegetacion es muy hermosa.

El terreno de Pueblo, tribu vecina de Balada, á unas 30 millas al Sur de esta localidad, es muy superior al de la última. Abundan los plátanos, cuando son muy escasos en Balada. La propiedad que los misioneros poseen en este territorio es magnífica; en esa hermosa residencia el comandante de las fuerzas francesas recibió en febrero último la sumision del rey y de los jefes principales. Esta imponente solemnidad dejó un eterno recuerdo entre los habitantes de Pueblo, dió lugar á un gran lujo militar, y fué seguida de muchas fiestas. Las tropas presenciaron las diversiones del país, y lo mas curioso de la fiesta fué un baile guerrero ejecutado por unos quinientos hombres, armados todos ellos. Este baile no es otra cosa que un paso marcado sin cambiar de puesto, pero lo ejecutan con tanto ardor y precision, que aunque los bailarines están descalzos, el ruido de sus evoluciones se asemeja al de una carga de caballeria. Un jefe armado con una lanza guía el coro de los guerreros y pronuncia por intervalos el nombre de una tribu amiga, á la cual responde el coro con este grito mil veces repetido: *hello* (si y bien), de repente el corifeo pronuncia el nombre de una tribu enemiga, y entonces se oyen gritos de furor, las lanzas y las mazas se agitan entre los aullidos de *harua* (¡no, no!).

A este baile de carácter sucedió el de máscaras, dos hombres enmascarados seguidos de unos niños. recorren el puesto en que acaba de ejecutarse el mimodrama guerrero; gritan, gesticulan, saltan y provocan con sus contorsiones la hilaridad de los espectadores que recompensan á los ejecutantes arrojándoles batatas, taro, etc.

Los caledonios, como todos los pueblos salvajes, se excitan considerablemente con el ejercicio del baile; regularmente, siempre es de resultados de alguna de estas fiestas cuando se declaran las guerras entre las tribus. En general son valientes y aguerridos, pero sus guerras son tan crueles como injustas, pues no suelen tener otro pretexto que rivalidades celosas, el saqueo y la devastacion; el único botin que trae el vencedor de esas expediciones sangrientas, consiste en cocos preparados para plantarse, y prisioneros que se comen en la paz.

Tal es, aun en el día, á despecho de los esfuerzos pacientes y valerosos de los misioneros, ese pueblo al que la Francia lleva los beneficios de la civilizacion; tal es ese país que nos prometemos será bien luego una grande colonia francesa en el océano Pacifico, con un mundo jóven y lleno de porvenir.

C. M.

NOVELAS RUSAS.

La princesa Mery.

(Continuacion.)

La preciosa princesa se volvió, y dirigió al orador una mirada larga y curiosa. La expresion de esta mirada no era muy determinada; no era burlona, por lo cual felicite cordialmente á Gruchnitski.

— Esa princesa Mery es muy bonita, le dije; tiene ojos encantadores, ojos de *terciopelo*. Te aconsejo que emplees esa expresion hablando de sus ojos; sus pestañas son tan largas, que los rayos del sol no penetran hasta la pupila. Me gustan esos ojos mate... parece como que miran... Por lo demás, me parece que es lo que tiene bueno... ¡Ah! tambien tiene los dientes blancos, que es cosa importante. ¿Porqué no se habrá sonreido con la frase pomposa?

— Tú hablas de una mujer bonita como de un caballo inglés, me respondió Gruchnitski con indignacion.

— Amigo, contesté imitando su tono, desprecio á las mujeres por no amarlas; si no fuera así, la vida se convertiria en un melodrama ridiculo.

Me separé de él y me paseé durante media hora. Comenzaba á hacer calor y tomé el camino de mi casa. Al pasar cerca de la fuente sulfurosa, me detuve en la galeria cubierta para respirar un poco á la sombra, y aquello me hizo ser testigo de una escena interesante. Los actores estaban en la posicion siguiente: la princesa sentada en la galeria cubierta, conversaba con el petimetre de Moscou. La conversacion parecia muy seria... Su hija acababa de beber, á lo que me pareció, su último vaso de agua, y se paseaba pensativa al rededor de la fuente. Gruchnitski estaba á cierta distancia del pozo: no habia ninguna otra persona allí.

Me acerqué un poco, y me oculté detrás de un ángulo de la galeria. Gruchnitski acababa de dejar caer su vaso en la arena, y se esforzaba en vano por baxarse para cogerlo, porque su pié malo se lo impedia. ¡Cuánto trabajó el pobre mozo con su muleta para levantarlo del suelo! En su expresiva figura se veia retratado el sufrimiento.

La princesa Mery veia todo eso mejor que yo.

Ligera como un pájaro, se acercó á él, se bajó, tomó el vaso y se lo dió con un movimiento lleno de encanto; se ruborizó mucho, miró á la galeria, y habiéndose persuadido de que su madre no habia visto nada, se tranquilizó. Ya estaba muy distante cuando Gruchnitski abrió la boca para darle las gracias.

Mery salió casi inmediatamente de la galeria con su madre y el petimetre, afectó al pasar por su lado un aire excesivamente grave, no volvió siquiera la cabeza, y pareció que no observaba la mirada apasionada con que él la siguió mientras ella bajaba la montaña, y hubo entrado en una de las mas hermosas casas de la ciudad.

Entonces fué, y no ántes, cuando el enamorado Gruchnitski observó mi presencia.

— ¿La has visto?

— Sí.

— ¡Es un ángel!

— ¿Y porqué me haces esa pregunta? le dije con perfecta indiferencia.

— ¡Cómo! ¿no has visto?

— He visto...

— ¿Qué ha cogido mi vaso del suelo.

— Si se hubiera hallado allí un criado, hubiera hecho otro tanto y con mas prontitud que ella, porque hubiera esperado una propina. Pero comprendo tambien que se haya compadecido de tí; hacias gestos tan atroces cuando te apoyabas sobre tu pié herido...

— ¿Y no te ha conmovido el ver toda su alma pintada en su rostro?

— No, á fe mia.

— ¿Hablas con formalidad?

— Ciertamente.

— ¡Qué hombre!

Yo mentia, pero queria hacerlo rabiar. Tengo aficion grande á contradecir. Toda mi vida ha sido un encadenamiento de contradicciones fatales á mi corazon y á mi inteligencia. La presencia de un entusiasta me hie-la; la presencia habitual de un flemático me exaltaria. Debó confesar tambien que un sentimiento poco delicado, pero que conozco bien, penetró en mi pecho. Este sentimiento fué el de la envidia. Pronuncio sin reparo esta palabra, porque me he propuesto no ocultarme nada. Por lo demás, no es extraño que un jóven que ha observado á una mujer bonita se pique de verla distinguir á otro.

Bajamos la cuesta sin hablar, y pasamos por delante de la casa que habitaba nuestra belleza. Estaba en la ventana; Gruchnitski apretándome el brazo le lanzó una de esas miradas lánguidas que solo hacen impresion en las mujeres. Yo le asesté mis lentes. Observé que se sonrió de mi ojeada, y que mis desvergonzados lentes recibieron la honra de ser molestos é incomodar seriamente. Y con efecto, ¡cómo puede atreverse un miserable oficial del ejército del Cáucaso á dirigir su visnal á una princesa moscovita!...

13 de mayo.

El médico ha entrado á verme esta mañana. Llámase Verner; pero es ruso. No es cosa que deba sorprender: yo he conocido un Ivanoff que era alemán.

Verner es por muchas razones un hombre notable. Es escéptico y materialista como casi todos los médicos, y es al mismo tiempo poeta, y formalmente: poeta en sus acciones y aun en sus palabras, y esto sin haber escrito dos versos en su vida. Muy á menudo se rió en secreto de sus enfermos, y no obstante esto, lo he visto llorar una vez junto á un soldado moribundo. Pobre, y soñando en millones, no daria un paso por dinero. Le he oido decir que mejor serviria á un enemigo que á un amigo, porque el odio se aumenta á proporcion de la grandeza de alma de un adversario; su lengua es viperina, y muchas veces ha hecho pasar á un hombre discreto por un tonto. Médicos envidiosos y rivales suyos esparcieron la noticia de que hacia caricaturas de sus enfermos, y á pesar de todos nuestros esfuerzos, su crédito se hundió para siempre.

Su exterior al primer golpe de vista es desagradable; pero gusta despues que se ha leído en sus facciones irregulares, y se ha descubierto en ellas el sello de una alma fuerte y puesta á prueba. Las mujeres aman esa clase de hombres con delirio, y no cambiaria su fealdad por un rostro jóven y fresco. Es menester hacerles justicia; consiste en que ellas conocen la belleza del alma; quizá por eso las personas que se parecen á Verner las quieren tanto...

Su estatura es pequeña; es flaco y débil como un niño; tiene como Byron un pié mas corto que otro; su cabeza es enorme proporcionalmente con su cuerpo; lleva el pelo muy cortado, y las desigualdades de su cráneo, que se distinguen muy bien, llamarian la atencion del frenólogo por la singular reunion de los órganos que revelan las mas opuestas inclinaciones. Sus ojuelos negros, siempre inquietos, procuran penetrar el pensamiento. Se viste bien; sus manos descarnadas, nerviosas, menudas, están siempre cubiertas con guantes. Lleva una levita, una corbata y un chaleco negros. Los jóvenes lo llaman Mefistófeles; á veces le incomoda este mote, aunque en el fondo le alhaga el amor propio. Pronto comprendí al médico, y nos hicimos amigos, justamente porque yo soy poco á propósito para la amistad. De dos amigos, el uno es esclavo del otro; ahora bien, yo no quiero serlo; en cuanto á mandar, el trabajo de hacerlo es grande. Y luego, tengo lacayos y dinero...

He aquí como trabé relaciones con Verner y me hice su amigo:

16 de mayo.

Lo encontré en S... en medio de una sociedad muy alborotada de jóvenes; al fin de la noche la conversacion tomó un giro muy filosófico. Razonóse á tuertas y derechas acerca de la certidumbre, y todos decian que estaban persuadidos de varias cosas.

— Por mi parte, dijo el médico, solo estoy seguro de una cosa.

— ¿De qué? preguntaron varios con estrépito y á la vez.

— ¿De qué? pregunté yo impaciente por saber la opinion de un hombre que habia guardado hasta entonces el mas profundo silencio.

— Que moriré pronto ó tarde, el dia ménos pensado.

— Yo soy mas rico que Vd...

El médico hizo un gesto de sorpresa.

— Soy mas rico que Vd., continué yo, porque estoy firmemente persuadido de que una vez, en una muy mala noche, tuve la desgracia de nacer.

Cada cual creia que no deciamos mas que desatinos, y sin embargo nadie dijo cosa mas sensata que la nuestra.

Desde aquel dia nos hemos visto á menudo, hemos discutido seriamente los problemas mas abstractos, hasta que ambos hicimos la observacion que tratábamos de engañarnos mutuamente. Entónces nos miramos como hacian los augures romanos, segun dice Ciceron. Soltamos una solemne carcajada, y cuando nos desahogamos suficientemente, nos separamos muy satisfechos de nuestra conversacion.

Me hallaba, pues, tendido en mi sofá, contemplando con mucha atencion el techo, con las manos cruzadas encima de mi cabeza, cuando entró Verner: dejó su baston en un rincon del cuarto, se sentó en un sillón, bostezó, y me dijo que hacia calor. Yo respondí que las moscas me incomodaban mucho, — y nos callamos.

— Observe Vd., querido médico, le dije, que sino por los locos, el mundo seria muy tonto... Ved, aquí estamos dos hombres sensatos, sabemos que se puede discutir todo hasta lo infinito, por consiguiente no disputemos jamás; conocemos uno y otro nuestros pensamientos secretos; una palabra nos revela una historia; distinguimos el principio de nuestros sentimientos á través de su triple cubierta. Para nosotros, lo triste es risible, y somos en general bastante indiferentes á todo aquello que respecta á los otros. Un medio nos queda para no callar, hablar de noticias. Dígame Vd. alguna, querido médico.

Fatigado con tan largo discurso, cerré los ojos bostezando.

Después de un momento bastante largo de reflexion, Verner me respondió:

— Y no obstante, una idea encierra vuestro singular galimatías.

— ¿Una sola?

— Una sola.

— Dos hay, dije yo.

— No veo mas que una, replicó él.

— Os equivocáis.

— Decid la una, yo diré la otra, repuso seriamente el galeno.

— Muy bien, pero comience Vd., le respondí mirando siempre al techo.

— Querria Vd. que se le dieran algunos detalles acerca de una persona que ha llegado poco hace á las aguas, y que se ocupa ya de Vd.

— ¡Señor! decididamente no necesitamos hablarnos, porque nos leemos mutuamente nuestros pensamientos.

— A Vd. le toca ahora explicarme la segunda idea.

— Hela aquí... Querria hacerle á Vd. contar alguna cosa; en primer lugar, porque es mas fácil y ménos fatigoso oír que hablar; en segundo porque me es imposible hablar; en tercero, porque tenia que aprender el secreto de otro; en fin, porque los sabios como Vd. prefieren los oyentes á los parlantes. Ahora vamos á nuestro negocio. ¿Qué le ha dicho á Vd. de mí la princesa Sigouski?

— ¿Está Vd. muy seguro de que haya sido la madre y no la hija quien me haya hablado?

— Muy seguro.

— ¿Porqué?

— Porque la hija le ha hablado á Vd. de Gruchnitski.

— ¿Qué talento tiene Vd.!

— Señor...

— La princesa Mery ha dicho que estaba segura de que ese joven del capote de soldado habia sido degradado por un duelo.

— ¿Supongo que la ha dejado Vd. en su agradable error?

— Indudablemente.

— He ahí un nudo, exclamé alborozado. Nos ocuparemos de desenredar este argumento. Decididamente la suerte se empeña en quitarme el mal humor.

— Presiento que ese pobre Gruchnitski será vuestra víctima.

— Continúe Vd., señor médico.

— La princesa pretende que vuestra figura no le es completamente desconocida.

— ¿Cómo?

— Yo le dije que podia haberlo visto á Vd. en las sociedades... en Petersburgo... Yo pronuncié su nombre de Vd...

— ¿Y bien?

— Lo conocia.

— ¿De veras?

— Parece que su historia de Vd. ha dado mucho que hablar por allí. Luego comenzó la princesa á referir

sus aventuras de Vd., aumentando por su cuenta las calumnias de la sociedad... Su hija escuchaba con curiosidad. Vd. es ahora para ella el protagonista de una novela de la escuela moderna. Me guardé bien de contradecir á la madre, aunque sabia que era quimera é invencion todo lo que referia.

— ¡Digno amigo! le dije tendiéndole la mano.

El médico me la cogió con sentimiento, y continuó así:

— Si Vd. quiere, lo presentaré en casa de la princesa.

— ¡Cómo! dije, ¿se presenta á los héroes de novela? Estos adquieren las relaciones salvando á la querida de una muerte segura.

— ¿Quiere Vd. resueltamente obsequiar á la señorita?

— ¡Cierto que no! pero yo triunfo, porque no me comprende Vd. Al cabo lo siento, continué despues de unos minutos de silencio; jamás digo mis secretos, pero celebro que los adivinen, porque es mas cómodo. En todo caso se puede negar... Pero vamos... hágame Vd. una descripcion de la madre y de la hija...

— La madre, dijo Verner, es una mujer de cuarenta y cinco años; tiene un estómago excelente, pero la sangre echada á perder, manchas en el rostro, y una gordura que ha adquirido en la vida inactiva de Moscou, donde ha vivido veinte años. Le gustan mucho las anécdotas escandalosas, y á veces dice cosas poco delicadas; pero nunca en presencia de su hija, que supone inocente como una paloma. ¿Qué me importa eso?... Yo queria responderla que estuviera tranquila, que no se lo diria á nadie. La princesa se cura un reumatismo, y su hija Dios sabe el qué. Las he recetado dos vasos diarios de agua sulfurosa á cada una, y que tomen dos baños de agua mezclada por semana. Parece que la princesa no tiene costumbre de mandar; estima mucho el talento de su hija que ha leído á Byron en inglés, y que sabe la álgebra. A la madre le gustan mucho los jóvenes; la hija, por el contrario, los mira con cierto desden, — costumbre moscovita. — En Moscou las mujeres estudian mucho, y no aceptan caballeros de ménos de cuarenta años.

— ¿Ha estado Vd. en Moscou? pregunté al médico.

— Sí, y he practicado allí algun tiempo.

— Continúe Vd.

— A fe mía, he dicho todo, segun creo... ¡Ah! otra cosa mas; la princesa Mery gusta de discutir acerca de los grandes sentimientos, de las pasiones fuertes, etc... Ha pasado un invierno en Petersburgo, esta ciudad no le ha agradado... La habrán recibido friamente.

— ¿No ha visto Vd. hoy á nadie en casa de esas señoritas?

— Si tal; he visto á un ayudante, á un oficial de la guardia, muy peripuesto, á una dama provinciana, parienta de la princesa por parte de su marido; muy bien parece, pero debe estar mala... ¿No la ha visto Vd. en la fuente? Estatura media, cabellos rubios, facciones regulares, color de tísica; un lunar en la mejilla derecha.

— ¿Un lunar! murmuré; ¿seria posible?

El médico me miró, colocó su mano sobre mi pecho, y me dijo con tono solemne:

— ¿La conoce Vd.?

Es cierto, muy cierto que mi corazon palpitaba con mas violencia que la regular.

— Vd. triunfa ahora, le dije, pero espero que no me hará Vd. traicion. Aun no he visto á esa mujer; pero por la descripcion que Vd. hace, estoy seguro de que la he amado en otro tiempo... Si le pregunta á Vd. por mí, hable Vd. mal.

— Como Vd. guste, dijo Verner encogiéndose de hombros.

Cuando se fué, destrozó mi corazon un horrible pesar. ¿Nos ha reunido la casualidad en el Cáucaso, ó bien ha venido esperando hallarme aquí?... ¿Cómo la veré?... ¿Pero es seguro que sea ella?... ¡Oh! sí; ¡mis presentimientos no me han engañado! No hay quizá un solo hombre sobre quien el pasado pese mas que sobre mí. El recuerdo de una alegría ó de un pesar me aflige mucho. Muy desgraciado he nacido: no olvido nada... no, nada... Despues de comer, hacia las seis, me fui al paseo. Habia mucha gente: la princesa y su hija estaban sentadas en un banco, rodeadas de personas que coqueteaban á porfia. Me senté á cierta distancia en otro banco; paré á dos oficiales conocidos; me puse á referirles una historia muy chistosa sin duda, porque reian sin cesar. La curiosidad atrajo á mi círculo algunos de los que rodeaban á la princesa, y al cabo de un momento se los habia quitado todos.

Continué.

Mis anécdotas eran estúpidas, y mis burlas contra los que pasaban muy malignas. Así divertí á mis oyentes hasta ponerse el sol. La princesa pasó muchas veces por delante de mí con su madre y un viejo cojo por escolta; su mirada cayó dos ó tres veces sobre mi persona, expresando el despecho cuando queria afectar indiferencia.

— ¿Qué le contaba á Vd., preguntó á uno de los jóvenes que se acercó á ella por urbanidad, un cuento gracioso ó alguna hazaña suya militar?

Esto lo dijo bastante alto y con evidente intencion de picarme.

— ¡Ah! pensaba yo, Vd. se incomoda ya, princesa, ¿qué será mas tarde?

Gruchnitski la ha seguido como una ave de rapaña. Apuesto á que se hace presentar mañana en casa de la princesa, que lo celebrará mucho, porque se aburre.

En dos dias han adelantado mucho mis asuntos. Decididamente Mery me aborrece.

Ya me han referido dos ó tres de sus epigramas, dirigidos contra mí, que por ser muy mordaces, me lisonjean mucho. Le extraña mucho que yo, que tengo relaciones con sus tias y sobrinas de Petersburgo, no procure que me presenten en su casa. Todos los dias nos encontramos cerca de la fuente y en el paseo: yo empleo todos mis recursos para privarla de sus adoradores; los ayudantes relucientes, y los pálidos moscovitas, etc., y por lo comun logro quitárselos. Jamás me ha gustado recibir, pero ahora tengo llena la casa desde por la mañana hasta por la noche; se come, se cena, se juega, y mi vino de champaña triunfa del magnético atractivo de sus ojos.

Ayer la ví en los almacenes de Ichelakof; su madre ajustaba una magnífica alfombra de Persia; ella le rogaba con instancias que la comprara. ¡Debía hacer tan buen efecto en su gabinete!... Yo ofrecí 40 rublos mas y yo... de lo que yo fui recompensado por una mirada en que se leia el mas divino de los furoros. A la hora de comer, hice llevar con todo intento debajo de sus ventanas mi caballo de Circasia, cubierto con esta alfombra. Verner, que estaba en aquel momento en casa de aquellas señoras, me ha dicho que alcancé un triunfo completo. La joven princesa predica una cruzada contra mí, y he observado que los dos ayudantes que la siguen á todas partes me saludan con frialdad, aunque tenga la honra de tenerlos todos los dias á mi mesa.

Gruchnitski afecta cierto aire misterioso; se pasea con las manos atrás, sobre la espalda; no conoce á nadie; su pié se ha curado de repente. Ha hallado ocasion de hablar á la madre y de dirigir una galantería á la hija, que no parece muy disgustada, porque responde á su salud con una graciosa sonrisa.

— ¿Es decir que no quieres relacionarte con las señoras Sigovski? me dijo ayer por la tarde.

— No, decididamente.

— ¿Pero porqué? Su casa es la mas agradable de todas las de las aguas, la que recibe la mejor sociedad.

— Amigo, la mejor sociedad de las aguas me fastidia horriblemente.

— ¿De veras?

— Muy cierto. ¿Y tú que hablas de esa manera, frecuentas esa casa?

— Todavía no; no he hablado todavía mas que dos veces á la princesa Mery. Aunque sea esta aquí la costumbre, me cuesta mucho trabajo el pedir ser recibido en una casa... Si tuviese unas charreteras sobre mis hombros, seria diferente.

— ¿Porqué así? Eso quiere decir que no comprendes tu posicion... Tú eres mas interesante que si las tuvieras... Tu capote te da tono, te presenta á los ojos de una mujer sensible como un héroe, un mártir...

Gruchnitski sonrió: seguramente estaba contento consigo mismo.

— ¡Qué locura! dijo por fin.

— Creo firmemente, continué, que la joven princesa te ama ya locamente.

Se puso encendido como la grana, y soltó un profundo suspiro. ¡Oh amor propio! ¡tú eres la palanca con que Arquímedes hubiera removido al mundo!

— Te chancas, me dijo fingiendo enfadarse. Además, ¡me conoce tan poco!

— Las mujeres solo aman á aquellos á quienes no conocen.

— Pero yo no tengo la pretension de agradar, no quiero mas que relacionarme con una sociedad agradable. Gustar seria bueno para Vds. los vencedores de Petersburgo. Cuando Vds. se presentan, las mujeres se quedan pasmadas... Y á propósito, ¿sabes, Petchorin, que la princesa me ha hablado de tí?

— ¡Bah!

— Lo que oyes.

— ¡Cómo! ¿te ha hablado de mí?

— No lo celebres demasiado.

— ¿Porqué así?

— Me acerqué á ella junto á la fuente, y sus primeras palabras fueron las siguientes: « ¿Quién es ese caballero de mirada tan desagradable? Estaba con Vd. cuando... » Se ruborizó y no quiso recordar mas aquel dia que queda grabado para siempre en mi memoria... No te felicites, estás con ella en mal predicamento, y en verdad es sensible, porque es encantadora.

Es menester advertir en este instante que Gruchnitski es de esas personas que dicen mi Mery, mi Sofia, de una mujer que conocen muy poco, y que ha tenido la dicha de agradecerles.

Yo afecté un aire serio y le respondí:

— Sí, es bastante bonita... Pero ten presente lo que voy á decirte. Las mujeres rusas no se entregan mas que al amor platónico, sin acordarse lo mas mínimo del matrimonio.

La princesa quiere que la diviertan. Si se aburre dos minutos contigo, eres perdido. Tu silencio debe excitar su curiosidad, tu conversacion no debe agradarle completamente. Si quieres conservarla, tenla en una inquietud continua. Diez veces despreciara lo que digan por tí, luego se presentará como víctima y se consolará atormentándose; llegará á decir si la apuran que no puede sufrirte; si no adquieres sobre ella un poder singular, el primer beso no te dará derecho al segundo; coqueteará contigo dos años, y se casará con un monstruo para obedecer á su madre; dirá que es desgraciada, que no ha amado mas que á un hombre en el

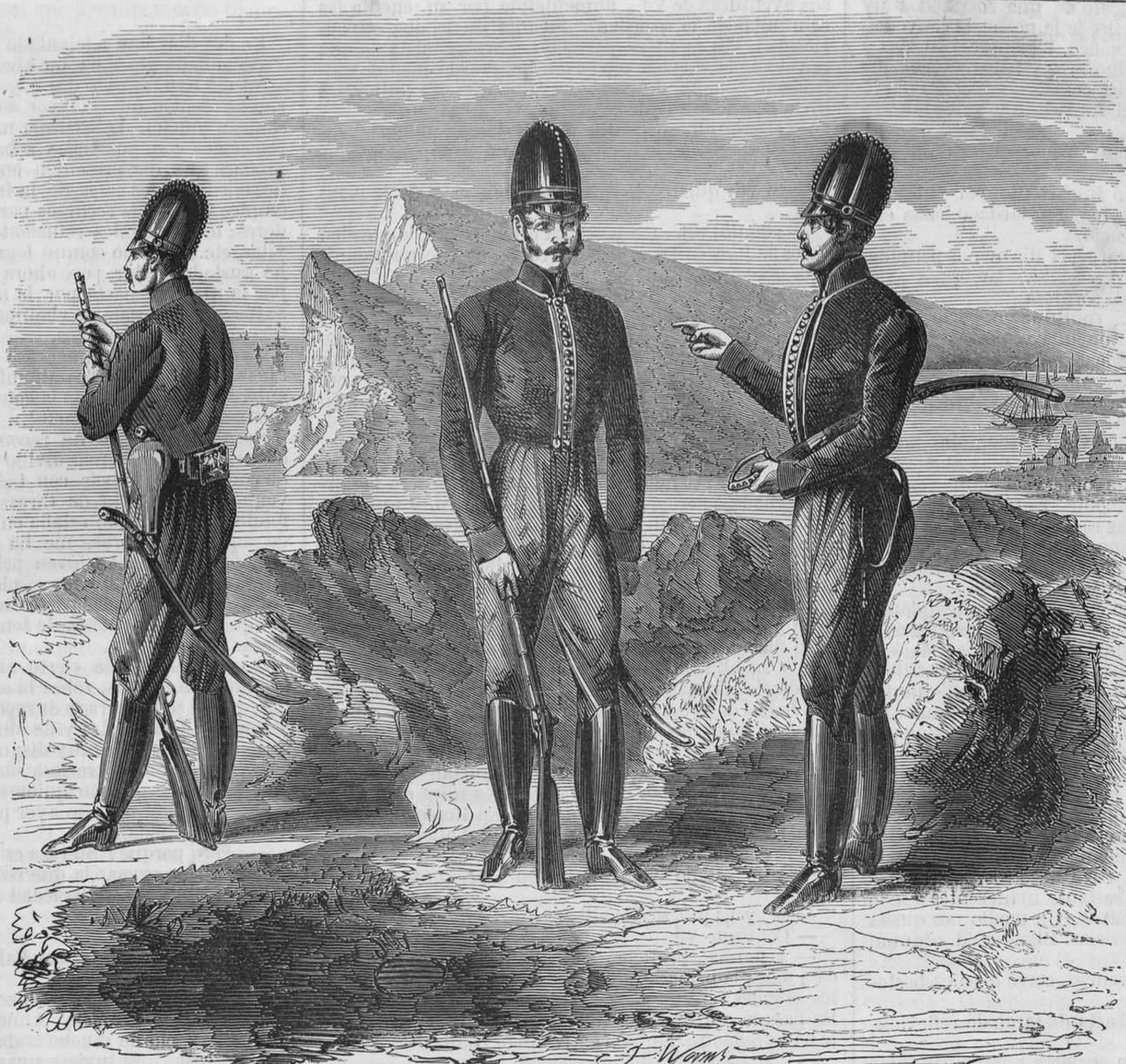
mundo (y ese hombre eres tú); pero que el cielo no ha querido que sea su marido, porque llevaba un capote gris de soldado sobre su noble corazón.

Gruchnitski pegó un puñetazo sobre la mesa, y se puso á recorrer la habitación con pasos desmesurados.

Yo me reía dentro de mí mismo; dos veces llegué á sonreírme, pero no lo notó. Muy enamorado y muy confiado está. Lleva un anillo de plata con esmalte negro. Como lo había mandado hacer aquí me daba que sospechar; se lo he examinado; en lo interior lleva el nombre de Mery grabado con letras pequeñas; junto á él marcado el día en que ella cogió el famoso vaso. Disimulé mi descubrimiento, porque quiero que me elija él mismo para confidente suyo; entonces será cuando yo goce.

Hoy me he levantado tarde; no había una alma en la fuente cuando yo fui. Hacia calor; blancas y tempestuosas nubes se levantaban de las montañas cubiertas de nieve.

(Se continuará.)



Oficiales y soldados del batallon griego de Balaklava.

van de viaje por la Crimea, limita en el día de hoy sus funciones á vigilar alternativamente la línea de las costas; sin embargo, en tiempo del gobierno del príncipe de Woronzoff, se destacó una de sus legiones para guarnecer con ella un fuerte del Cáucaso, y recientemente el príncipe Menschikoff en su parte al emperador de Rusia sobre la defensa de Balaklava hacia los mayores elogios de la resistencia que desplegó el batallon griego.

Segun los estatutos imperiales no se puede exigir á un colono griego de Balaklava la actividad del servicio, sino durante cuatro meses del año, pues los ocho restantes quedan á su disposición para que pueda dedicarse al cultivo de sus tierras. Cada soldado tiene un sueldo fijo de veintiocho rublos anuales, pero su equipo militar queda á su cargo.

Los Nictipitecos.

Bajo tres aspectos distintos representamos aquí los monos nocturnos ó nictipitecos que M. Fontanier acaba de regalar al Museo de Historia natural de Paris, y que servirán quizás para fijar las ideas un poco

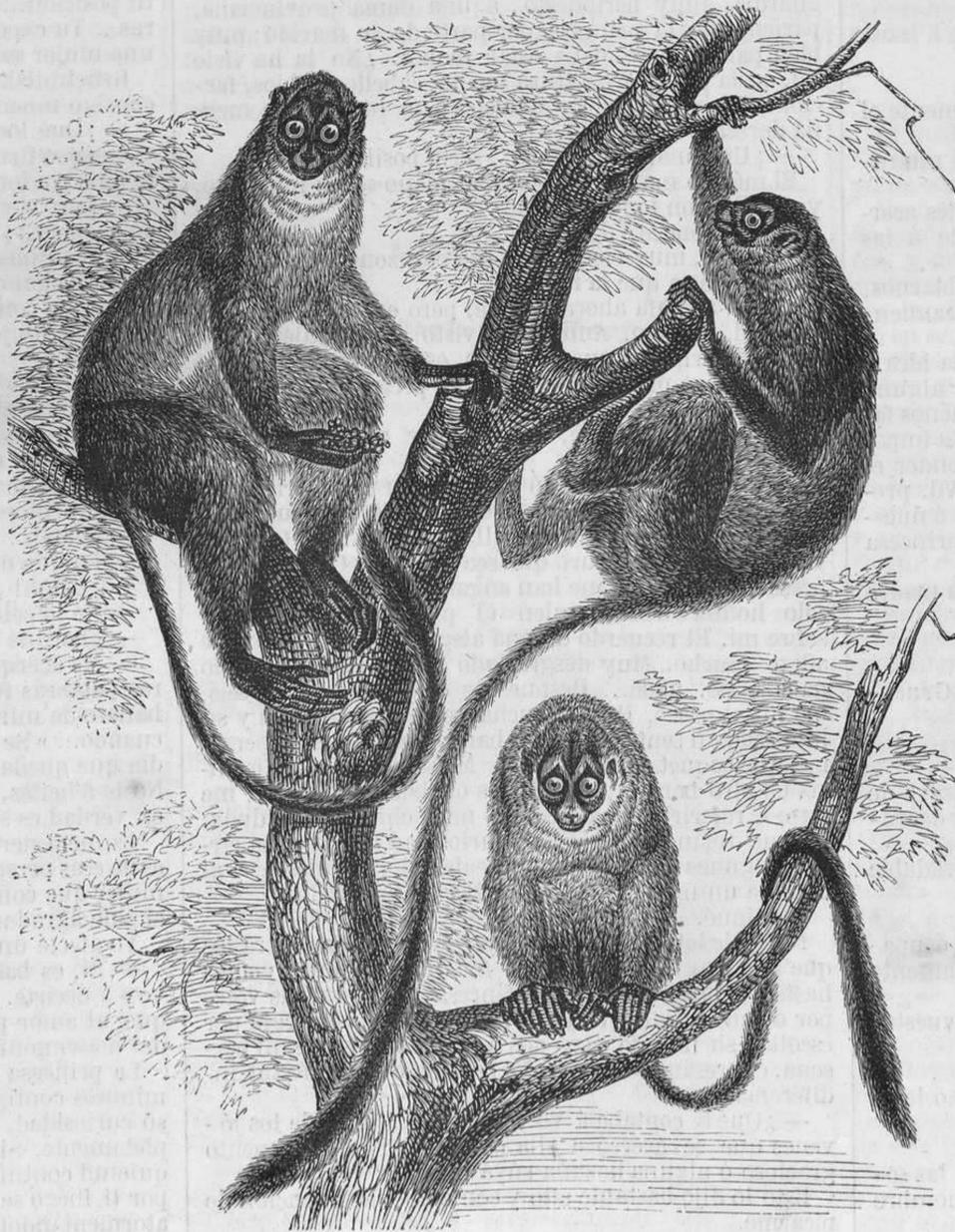
Batallon griego de Balaklava.

Segun M. H. de Hell de quien hemos tomado ya algunos detalles sobre el puerto de Balaklava habitado por los griegos, la Rusia, empeñada en sus primeras guerras contra la Puerta Otomana, quiso explotar el odio innato de los griegos contra los turcos, por un llamamiento que hizo á su nacionalidad, y que al punto fué escuchado, de modo que el gobierno ruso no tardó en disponer de un cuerpo naval numeroso que en todos los encuentros con el enemigo se distinguió por su bizarría. Apenas se concluyó aquella campaña contra la Turquía, cuando los auxiliares del archipiélago tomaron una parte activa en las operaciones de la Crimea, y luego, despues de la conquista de esta península estuvieron encargados de reprimir las insurrecciones, llenando de terror á los tártaros por la sangrienta crueldad de sus expediciones; por aquella época fué cuando los musulmanes de la Taurida les dieron el nombre de Arnautas que se ha conservado hasta nuestros días.

Una vez sometida la Crimea, la misiva de los griegos se hizo mas pacífica, y les concedieron por residencia colonial la ciudad y el territorio de Balaklava. El cuerpo que formaban recibió una nueva organizacion y se dividió en ocho legiones, cuyos nombres tomados de los de las provincias helénicas debían lisonjear los recuerdos nacionales de los griegos.

Esta organizacion se conservó hasta el reinado de Pablo I, cuyo conocido espíritu de reforma militar redujo á tres el número de las legiones del cuerpo auxiliar griego, y le impuso con el título de *batallon griego de Balaklava* el uniforme amarillo y rojo, cuya muestra nos suministra la *Pandora*, periódico ilustrado que ve la luz pública en Atenas.

Este batallon, que por sus buenos servicios ha merecido el honor exclusivo de escoltar á los soberanos rusos cuando



Los Nictipitecos, monos nocturnos regalados al Museo por M. Fontanier.

confusas que se tienen comunmente sobre estos animales. M. Geoffroy de Saint-Hilaire, padre, es el que puso en 1824 el nombre que llevan, sobre un individuo que llegó al Museo sin origen conocido. Era el mismo que habia descrito M. de Humbolt, ó pertenecía á los que despues han descrito otros viajeros.

M. Isidoro Geoffroy de Saint Hilaire ha tratado de dilucidar este punto en una memoria especial, y sin duda logrará resolver definitivamente este problema. Por nuestra parte, mientras se sabe el fallo del docto profesor, diremos que los reciénvenidos no disfrutaban en su país de un nombre griego, pues les conocen simplemente con el nombre de *Marta*, y en efecto tienen mucha analogía con este animal en la gracia y ligereza de sus movimientos, así como su cabecita bien redonda y manchada y sus grandes ojos muy separados, los asemejan al gato, al que se parecen tambien en el tamaño. Su pelo es de un color pardo leonado por encima, y anaranjado por el vientre; los mas jóvenes son del color de la marta. Son animales inofensivos y que se domestican fácilmente; los de M. Fontanier se hallaban libres en su casa, y no se alejaban nunca de su amo; muchas veces se dormían durante el día ocultando su cabeza entre las piernas para evitar la luz que les incomodaba mucho. Por la mañana y por la noche se entregaban á sus juegos, que consistían en saltos prodigiosos, valiéndose entonces de su largo rabo para detenerse de repente. Estos animales viven en crecido número en los bosques de la Nueva-Granada, pero sus hábitos nocturnos impiden que se les encuentre á menudo y que puedan estudiarse sus costumbres. En cambio es fácil oírlos, pues son muy alborotadores, y á juzgar por la variedad de sus gritos, su laringe debe presentar grandes complicaciones. Unas veces aullan de un modo espantoso y otras hacen gorgoritos como los pájaros. Son omnívoros, pero prefieren los insectos á cualquier otro alimento.